

Miguel Ángel Tenreiro

Guardián
de las cabezas
y otros relatos
(2007-2006)

 yeshaliteraturaEdiciones

Guardián de las cabezas

y otros relatos

(2007-2006)

Guardián de las cabezas

La casa de don Don Omar era un depósito de basura ordenada y clasificada. Él sabía dónde encontrar cada cosa por más insignificante que fuera. De vez en cuando vendía algunas y con eso sacaba el suficiente dinero para vivir. Hubiera retenido sus posesiones, a pesar de que todo había sido obtenido mediante el cirujeo en la calle. La casa estaba llena de gatos lo que impedía que se convirtiera en un criadero de ratas. También juntaba madera para quemar durante el invierno. La casa era enorme, tipo chorizo pero de dos plantas. Había sido de las primeras del barrio y siempre había pertenecido a su familia. No salían de ella olores ni ruidos molestos por lo cual los vecinos no tenían problemas con él.

Don Omar pintaba acuarelas sobre cartones y maderas que regalaba a sus vecinos. Eran incolgables pero había que guardarlas, ya que Don Omar podría revisar la basura. Raquítrico, fuerte y encorvado, con sus espesos bigotes amarillentos por el cigarro, pasaba gran parte de su tiempo cirujeando en las cercanías o en la vereda de su casa apoyado contra la pared. A todo el mundo conocía, a todos les caía bien, era un referente del barrio. Pocos se paraban a charlar con él ya que una vez que empezaba a hablar, no daba oportunidad para terminar la conversación con un mínimo de cortesía. A pesar de sus 23 años, Sergio era de los pocos que lo soportaban, por eso se hicieron amigos. Un día nadie vio a Don Omar, pasaron varios días hasta que empezó a salir olor a podrido de la casa. Un vecino avisó en la comisaría, forzaron la

puerta y encontraron el cadáver de Don Omar en descomposición. Le había dado un ataque y había muerto, nada del otro mundo.

Sergio nunca supo cómo Don Omar consiguió su número de documento, pero lo cierto es que le dejó la casa. Le alcanzó la plata justo para pagar los trámites y depositar los porcentajes que la ley dispone en estos casos. Era buen negocio, la casa estaba destruida pero el terreno valía mucho. Pensando venderla comenzó a limpiarla un poco y tiró todo lo que Don Omar había juntado por décadas en un par de volquetes. Solo dejó las acuarelas que colgaban por todas las paredes. Cuando estuvo vacía, le pegó una baldeada con lavandina al piso para que no diera asco entrar, aunque su destino fuera la demolición. En la planta alta el agua se escurrió por una rendija y al mirar con atención descubrió que había una trampa en el piso. Era la entrada a un entrepiso, difícil de imaginar desde afuera por la altura de los techos. Tenía 1,20 metros de altura y tuvo que permanecer en cuclillas. Estaba muy oscuro pero parecía limpio y resolvió volver con una linterna al otro día. Así lo hizo y vio con satisfacción que el entrepiso era enorme, abarcaba toda la superficie cubierta de la casa, un rectángulo de 8 metros por 30. Había un olor raro, que no llegaba a ser desagradable, pero todo estaba inmaculadamente limpio. La paredes estaban cubiertas por angostas estanterías del piso al techo, y entre cada estante había apenas el espacio suficiente para que entrara un frasco cuadrado de grueso vidrio transparente. Había miles, uno pegado al otro, llenos de un líquido en el que flotaba algo del tamaño de una pelota de tenis. Acercó más la luz y examinó una de ellas con detenimiento, luego otra y otra. Eran miniaturas de cabezas, suspendidas en el líquido y en el tiempo, dando la impresión de haber estado siempre ajenas a todo, fascinantes. Observó los detalles de las facciones, su expresión, las tonalidades de la piel en cada una.

¿De dónde habían salido, por qué estaban en ese líquido? De pronto le vino la respuesta y comenzó a tener palpitaciones, no parecían, eran cabezas de personas. Se sentó en el piso tratando de recuperar el

ánimo, intentó seguir pero mientras más las miraba, más confirmaba su impresión. Sacó uno de los frascos y desenroscó la tapa metálica, el olor a formol casi lo desmaya. Lo cerró y lo volvió a su lugar tratando de dominar su temblor. Se fue, estaba demasiado nervioso.

Pasó el resto del día callado y pensativo, no sabía qué hacer, si avisar a alguien, a la policía, a algún periodista. Primero tenía que investigar un poco más, no fuera que terminara haciendo un papelón. Al otro día encontró una llave de luz, en el techo había una fila de tubos fluorescentes de un extremo al otro y en minutos todo estuvo iluminado a giorno. Volvió a revisar las cabezas y ya no le quedaron dudas, eran cabezas humanas, estaban miniaturizadas pero eran reales y había miles. En el otro extremo del entresuelo encontró una carpeta tirada en el suelo que en la tapa tenía su nombre escrito con minúsculas: “sergio”. La abrió y leyó la primera hoja: “sergio: a esta hora ya te estarás recuperando de la sorpresa. Debés haberte puesto contento cuando te dejé la casa. Es una herencia importante y no hiciste nada para merecerla”. Sergio levantó la vista al techo y pensó ¡es una carta que me dejó Don Omar, una carta! Reaccionaba lento, no estaba seguro de que todo lo que le sucedía fuera real. Siguió leyendo: “Si no cometiste la torpeza de llamar a la policía, todavía estarás en libertad. Te digo esto porque no quiero que mi colección caiga en manos de la justicia y mucho menos que se enteren los buitres de los periodistas. Se harían un festín y tengo que cuidar mi imagen en el barrio.” Su imagen, ¿qué imagen viejo puto?, pensó Sergio, y siguió leyendo: “Dejé en manos de un conocido una carta que te incrimina en mis actividades. Si algo de esto trasciende o le pareciera que no cuidás debidamente mi colección, vas a terminar en la cárcel.” ¡Era una trampa —se interrumpió Sergio— una trampa de ese viejo de mierda! Trató de seguir leyendo pero le temblaban tanto las manos que no podía, así que apagó la luz y se fue a su casa. No tenía ganas de cenar, le dijo a su madre que le dolía la cabeza y se fue a acostar temprano. Encerrado en su habitación, siguió leyendo: “Esta colección inigualable costó mucho trabajo y tiem-

po, también grandes sacrificios. La empezó mi bisabuelo, que fue un antropólogo aficionado. Aportó la mayoría de las piezas, ayudado por un equipo de colaboradores que trabajaron con ahínco y lealtad. La siguió mi abuelo y luego mi padre que me la heredó. Cada uno de los que seguimos a mi bisabuelo debió arreglarse con menos ayudantes y dinero. Yo aporté unas pocas. Por fortuna, cuando me tocó a mí faltaba poco para llegar a las nueve mil. Mientras más se moderniza la sociedad, más difícil es conseguir material. No sé por qué mi bisabuelo fijó la cantidad de cabezas en nueve mil, pero le explicó a mi abuelo que al que le tocara terminar sabría qué hacer. Ese fui yo y no lo sé. Cuidé la colección y creo haber cumplido con mi parte. El proceso para reducir las cabezas es un secreto de la familia y como vos no sos de la familia, muere conmigo. Es un proceso muy superior al de los Jíbaros, aunque es costoso y laborioso y las cabezas deben ser mantenidas en solución fisiológica con formol. No pueden ser usadas como colgantes pero duran por siempre. El proceso de reducción incluye al pelo, que ha mantenido su proporción. Verás también que no tienen cosidos los labios y mantienen la expresión de la muerte. Si las estudiás con una lupa, verás que los ojos son los originales, se nota el color del iris e irregularidades de sus fibras. Un par de ellas son de personas del barrio contemporáneas nuestras. Es un detalle para dejarte implicado. Por esta razón también escribí esta carta en la vieja Olivetti que me prestaste con el papel que me trajiste. Aunque te deshicieras de todo, no podrías probar jamás que esta carta la escribí yo y te verías obligado a mentir, para lo cual te juzgo demasiado estúpido.”

Sergio apenas podía asimilar la información de la carta. Por momentos tenía que contener la risa, por momentos se ponía furioso o tenía que contener el llanto. La carta seguía: “Desde ahora sos el Guardián de las Cabezas, estás a cargo de la colección hasta que tengas la certeza de qué hacer. Supongo que algún tipo de inspiración divina vendrá a vos en el momento adecuado. Unas líneas arriba te dije que había dos cabezas de gente del barrio. Tu viejo abandonó a tu mamá y a

vos cuando eras muy chico. Nunca más se comunicó con ustedes ni se supo nada de él. Sacá tus conclusiones.” ¿Qué es lo que quiere decirme este hijo de mil putas?, pensó Sergio. Tiró los papeles y corrió al entrepiso de la vieja casa, prendió las luces y revisó cada una de las cabezas. Pero eran demasiadas, ninguna le parecía conocida, a veces tenía que volver atrás para mirar una y otra vez alguna de las que ya había revisado, no podía concentrarse, no podía reconocer a nadie, ni siquiera se acordaba de cómo era su padre. Se sentó en el piso vencido por la impresión tremenda que se había llevado. Pensó que tendría que conseguir una foto de su padre y llevarla allí para comparar con cada una de las cabezas, todas tan minuciosamente perfectas. Recordó ese pasaje de Los Viajes de Gulliver, que cuando estaba con los gigantes le parecían horribles porque veía cada defecto de la piel y cuando estaba con los liliputienses le parecían perfectos. Se tranquilizó un poco y recordó que había dejado la luz de la habitación prendida y la carta de Don Omar desparramada. Volvió corriendo, no quería que su madre la encontrara y tenía que retomar la lectura: “¿Creíste que te apreciaba?, solo te estaba usando, ¿llegaste a apreciarme?, tu estupidez no me compete. Pensá bien lo que vas a hacer recordá que te vigilan de cerca.” Nada más, ni un saludo, mucho menos una firma. Se quedó mucho tiempo sentado en la cama con los papeles en la mano y la mirada perdida.

No fue a la casa por muchos días, lo único que hizo fue suspender la venta. Pensaba y pensaba pero no sabía cómo resolver la cuestión. Se fue obsesionando con la sugerencia que Don Omar había hecho sobre su padre, así que consiguió un par de fotografías y se sentó por horas a compararlas con cada una de las cabezas. Lo hizo una vez sin resultados y cuando recommenzó, cada vez que agarraba uno de los frascos lo miraba fijo y le preguntaba “¿Vos sos mi papá?”. Pero tampoco resultó, ni le contestaron ni pudo encontrar que alguna de ellas fuera parecida a las fotos. Un poco se parecían todas, o eso terminaba creyendo él cuando lo agobiaba el cansancio. Después de varios meses se hizo a la idea de que nunca lo sabría y se fue resignando.

Su madre no comprendió por qué no vendía la casa, pero con el tiempo se acostumbró y dejó de preguntarle. Él iba todos los días a mirar la colección de Don Omar y así lo hizo hasta que la sintió suya. Cuando su madre murió, Sergio se instaló en la casa de Don Omar. Lo único que hacía para mantener la colección era pasar la aspiradora de vez en cuando en el entresuelo y entre los frascos, por lo demás seguía con su vida normal. No llevaba a nadie a la casa porque a pesar de que el lugar estaba bastante bien escondido, no quería correr riesgos. Tampoco podía contarle a nadie, era un secreto imposible de guardar. La trampa para involucrarlo había servido para contenerlo en un primer momento, ahora no podría negar a nadie lo que había callado durante mucho tiempo, pero eso ya no le preocupaba. Lo que le llegaba a quitar el sueño era no saber qué hacer con la colección, cuál era su finalidad. Él ya se había convertido en parte del proyecto aunque no lo comprendiera, la colección era parte de su vida, era única en el mundo, irrepetible, y estaba en sus manos. Además, sólo él podría dar algunas explicaciones de cómo había sido armada. Por Don Omar en su momento había sentido aprecio, luego odio, luego desprecio, y ya no sentía nada. Cuando se dio cuenta de que empezaba a quedar ligado a la colección, pensó en destruirla. No lo podía hacer así como así, tendría que llevar una procesadora, triturar todas las cabezas y tirarlas. Deshacerse de los frascos sería más fácil y finalmente podría vender la casa y olvidarse del asunto. También podría quemarlas en la estufa, era lo más simple. Si alguien lo vigilaba, sería imposible probar sus acusaciones porque hasta la carta sería destruida. Era muy posible también que lo de la vigilancia fuera una mentira de Don Omar. En realidad, no resultaba tan complicado liberarse de la colección. Liberarse, ¿por qué había pensado en esa palabra, sería que la colección lo tenía atrapado, se había convertido en su prisionero? Uno siempre es prisionero de sus cosas, de sus deseos, hasta en la esclavitud los amos eran a la vez prisioneros, ¿pero ser prisionero de una colección grotesca! No, grotesca no, cada una de las cabezas era una asombrosa obra

de arte, con la perfección de sus rasgos miniaturizados y el terror de los últimos momentos congelado para la eternidad. Lo que lo retenía era la posibilidad de que una de ellas fuera de su padre. ¿Sería cierto, hubiera sido capaz Don Omar? Claro que sí, de eso y de mucho más. Aunque si realmente quisiera liberarse, podría haber empezado por seleccionar las 20 ó 30 cabezas que se parecieran más a su padre y tirar el resto, pero no podía, algo lo detenía, por alguna razón se quedaba aferrado a la colección, años y años a su servicio.

Pasaron muchos años más, hasta que él mismo se convirtió en un viejo. No se dedicaba al arte en ninguna de sus expresiones, se había jubilado en un empleo estatal, no andaba por la calle más de lo imprescindible y no tenía amigos, ni siquiera un muchacho idiota a quien encajarle esto. Nada de esto tenía sentido hasta que una mañana despertó sabiendo lo que tenía que hacer, cómo deshacerse de todo, vengarse del viejo y quizás hasta hacer algo en su beneficio. No lo hizo de inmediato, quería meditarlo un poco, no apresurarse ya que la decisión que había tomado no tenía retorno y una vez que le diera la nota a un periodista, la noticia correría por el mundo, se volvería famoso. Iba a quedar en la historia como un loco, como un criminal, sí, pero de una u otra forma iba a quedar en la historia. Luego vendría la policía y la justicia, los interminables interrogatorios, pero igualmente, por la edad que tenía, no iba a estar mucho tiempo en la cárcel. De todas formas eso no le preocupaba, les retacearía la información, iba a hacerles creer que no quería decir lo que en realidad no sabía, iba a ser el centro de atención hasta el día de su muerte. Se presentaría como el creador de la colección, dada a la luz del mundo ahora por razones que nunca explicaría. Después de todo, el mismísimo Don Omar lo había elegido, él era el elegido. Lo mejor era que dejaría afuera al viejo y sus ancestros como si no hubieran tenido nada que ver con todo esto. Diría que obligó a Don Omar a hacer el entretipo y heredarle la casa. Se imaginó las notas en los diarios, las revistas, la televisión, el horror de la gente al ver las fotos y filmaciones de las cabecitas. Se

imaginó el desconcierto de los investigadores y jueces, disfrutándolo con anticipación. A fuerza de insistir, arregló una entrevista en su casa con el periodista de una revista importante pero cuando lo tuvo delante empezó a dudar. No le había anticipado cuál era la increíble revelación que iba a hacerle y el hombre se mostraba desinteresado, como si hubiera venido solamente a descartar la importancia de lo que tenía que decirle, solo para despejar alguna duda, solo para que otro no terminara levantando una noticia que le hubiera correspondido a él. Mirando al periodista, al que solo le interesaba irse lo antes posible, se dio cuenta de que terminaría siendo usado tal como lo había usado Don Omar años atrás, se dio cuenta de que no iba a manejar nada de lo que sucediera luego de su revelación y cuando el periodista le preguntó por tercera vez sin disimular su desdén qué era eso tan importante que tenía para informarle, Sergio hizo un gesto teatral, agregó una pausa dramática y le susurró:

—Los reyes magos no existen.

Por lo menos la experiencia le sirvió para divertirse durante varios días, recordando la furia del periodista y sus insultos impotentes.

Un día Sergio se descompuso y lo llevaron al hospital. Estuvo casi una semana, había tenido un ataque cardíaco, debería cuidarse, hacerse controles y tomar medicamentos. Apenas volvió a su casa, lo primero que hizo fue bajar al entrepiso. Cuando los tubos se prendieron se quedó asombrado, más incluso que cuando por primera vez vio la colección. ¡No había nada! Alguien se había llevado todos los frascos con las cabezas. Sintió una puntada terrible en el pecho y apenas pudo salir y llamar a la ambulancia. Esta vez fue muy difícil salvarlo y pasó su recuperación angustiado, sin poder decirle a nadie por qué, sin poder compartir su pérdida. Cuando por fin pudo volver, fue al entrepiso y verificó que no lo había soñado, allí no había nada, solo la hilera de estantes vacíos. Entonces llamó a la policía y quiso denunciar el robo. No le importaba quedar implicado en tan terribles delitos. Le dijo a la policía lo de la colección de nueve mil cabezas y cómo la había

adquirido junto con la casa y que posiblemente una de ellas fuera la de su padre. Pero no había el menor rastro de ninguna cabeza ni nada que pudiera sugerir que lo que decía Sergio fuera cierto. La carta no significó nada para ellos y la policía terminó creyendo que estaba loco. Lo obligaron a algunas entrevistas con un psiquiatra que le habló de cuestiones y enfermedades que a él no le interesaban y de que tendría que tomar otros medicamentos.

Estaba cada vez más enfurecido pero por suerte lo dejaron volver a su casa, y lo primero que hizo al entrar fue ir corriendo al entrepiso a ver si aún faltaba la colección. Y así lo hizo, a veces cada dos horas, a veces cada hora o cada tres. Parecía que esperaba que la colección volviera por sí sola a su lugar por arte de magia. Vivió esos días en estado de agitación y finalmente cuando el dolor le atravesó el pecho con más ferocidad que nunca, no llamó a la ambulancia. Se sentó en un sillón de la planta baja y esperó, esperó preguntándose qué había pasado con la colección. ¿Había existido realmente o todo estaba en su mente? Tal vez el que lo vigilaba hubiera pensado que moriría la primera vez que lo llevó la ambulancia y vació el entrepiso para poner a buen recaudo la colección. Era muy posible, pero así lo dejaba afuera, ya no podría volver a verla, tocarla, tenerla, ya no era suya después de haberle dedicado toda su vida. Era una crueldad.

El dolor se puso filoso y le corrieron las lágrimas. Sonó el teléfono, se tambaleó hasta la mesita y levantó el tubo al mismo tiempo que caía al piso. Era la voz de un extraño pero la reconocía porque había hablado con él varias veces, era la voz del policía al que le había explicado la desaparición de la colección luego del primer ataque.

—Hijo de puta, casi lo cagás todo —y le cortó.

Sergio sonrió aliviado, “entonces la tiene él —pensó— entonces no todo está perdido”. Giró sobre su espalda para no morir boca abajo y con el último estertor vio con espanto el teléfono descolgado en una de las burdas acuarelas de Don Omar.

La niña Alicia

Nunca me había importado la Niña Alicia, hasta el día en que me enteré que había muerto. Vivía en la casa de en frente, vecina de toda la vida, vaya a saber cuántos años tendría. Compartió el caserón con sus padres y su hermano mayor —el Niño Carlitos— y finalmente cuando todos los suyos murieron de viejos, quedó sola. Había nacido con una deformación en la cabeza similar a un inmenso callo rosado, que ninguna peluca podía disimular. Por eso no salía a la calle, su único contacto con el mundo era espiar la calle entre las rendijas de la persiana francesa. Cuando yo era chico, la había visto asomarse alguna que otra vez para charlar con mi madre y ofrecerme un chocolatín que yo aceptaba por obligación y tiraba al llegar a casa. Ella tenía la mirada inocente que a veces les queda a los hermanos menores. Cuando me enteré de su muerte, tomé conciencia de hasta qué punto la había ignorado. Ya era grande, lo suficiente para imaginar la soledad en que había vivido la Niña Alicia. La casona se vendió y la demolieron para construir una torre. La terraza de mi casa quedó expuesta a decenas de balcones y ventanas. Pensé que era mejor que seguir viendo las persianas despintadas por las que ya nadie espía, pero el edificio era tan impersonal, tan indiferente a la vista, que pronto me quise ir sólo para no verlo. Pocos años antes habían vendido el terreno donde estaba la carbonería que pegada a mi casa vendía leña, carbón, granos, plantas, macetas y balanceados para animales. También construyeron allí un edificio que levantó su murallón sobre

un costado de nuestra terraza convirtiéndola en un lugar húmedo y sombrío. Durante los años que siguieron funcionó una pensión en la casa del fondo, que había sido una mansión antes de que yo naciera. En el barrio se decía que cuando uno de los hijos se les ahogó en la piscina, la familia se mudó lejos. En mi casa, cuando algo se perdía o las cosas se caían al piso sin razón, sabíamos que era un desolado espíritu infantil que trataba de llamar la atención. Más tarde la mansión se convirtió en un inquilinato donde se hacinaban familias numerosas en una piecita y más de cien personas compartían el único baño. Todos los fines de semana corrían el vino y la cerveza, los botellazos y las puñaladas. Finalmente también se vendió para construir. Todos pensamos que otro edificio sería para mejor, y quizás así haya sido para los otros vecinos, pero para mí no. Llegué a ver alguna vez el fantasma de un antiguo vecino con la vaguedad de una figura de humo. Hice un rastreo bibliográfico para encontrar una explicación que me cerrara. “Los objetos quedan impregnados con la energía de las personas que los han usado”. Eso me gustaba, me permitía pensar que veía reflejos del pasado, chispazos de momentos de lo que había sido alguna vez continuidad. No había nadie y yo podía seguir indiferente.

Pasó demasiado tiempo hasta que pude concretar la mudanza. Me había casado y había tenido dos hijos, la mayor en plena adolescencia y el menor entrando. Lograba mantenerme en un trabajo sin mayores ambiciones, tenía una familia de mierda pero una familia al fin, cosa que no cualquiera tiene, ¡y me estaba mudando, carajo! Me iba de una casa que había llegado a creer que era parte de mí y dejaba atrás recuerdos que solo servían para angustiarme. No quería quedarme allí por el resto de mi vida, una vida vivida como se debe, ya que había formado una familia, tenía hijos, lograba mantenerme, ¿qué más puede pedir un hombre? No importaba que mi mujer ya no me atrajera, gorda llena de arrugas y más estúpida que de joven. La estupidez era una de las cualidades que más me habían atraído de ella, pero pronto descubrí que lo que a corto plazo en una mujer

es una ventaja, a mediano plazo es una tortura. Sin embargo me sentía satisfecho, había cumplido. No importaba que mis hijos no me dieran bola. La mayor iba y venía a su antojo, casi nunca con el mismo muchacho. El menor, próximo a cumplir los catorce, era un reverendo pelotudo, como debe ser todo hijo adolescente. Me daba vergüenza que fuera mi hijo pero eso es bastante normal hoy en día. Comía como un cerdo desquiciado, tragando enormes bocados sin masticar. No me abandonaba la esperanza de que en una de esas maniobras se atragantara y se muriera, pero estaba bien entrenado, lo hacía de chiquito sin ningún esfuerzo, y su garganta... su garganta era una obsesión para mí, una verdadera canaleta por la que desaparecía la comida y la bebida como si desembocara directamente en la infinita red cloacal de su triperío. Nunca dio problemas para comer, el hijo de mil putas se tragaba cualquier cosa de tal forma, que yo había llegado a la conclusión de que tenía las papilas gustativas en el intestino grueso. Y esa precisamente era una de sus habilidades que más me irritaban, su intestino grueso hacía honor a su nombre. Cada vez que cagaba tapaba el inodoro con un bodoque que trabado en el sifón sólo podía ser removido a mano y la mano, era siempre la mía, porque si fuera por los demás el baño podría haber quedado inhabilitado. Como todos los monstruos, mi hijo había sido simpático de chiquito, pero ahora apenas saludaba con un gruñido gutural que vaya a saber Dios qué carajo significaba. Por lo demás, pasaba horas hipnotizado frente a la pantalla de la computadora con los más estúpidos juegos virtuales que uno pudiera imaginarse. ¡Qué fácil que es matar en la pantalla, cuando no corre ningún riesgo, cuando ni siquiera se siente dolor! Tanta pelotudez me envenenaba la sangre. Por fortuna comenzó a ir al ciber con los compañeros de colegio. Haría incluso algunas idioteces más que en casa pero por lo menos no lo tenía a la vista. También era un pajero empedernido, pero no podría reprocharle lo único que nos identifica. Se podría llegar a pensar que mi querida hijita era mejor que mi querido hijito. Así es, hasta que la

reverenda puta aparezca embarazada y nos veamos obligados a criar a un nieto como si fuera un hijo y yo tendré que proveer los medios para que esta familia —célula básica de la sociedad, baluarte de la religión, sagrada familia al fin— salga adelante a mi costa.

Esas fueron las condiciones en que afrontamos la mudanza. Mi hijo que ya tenía el lomo de un estibador, no ayudó en nada. Cualquier cosa que levantaba, la dejaba caer de inmediato. Si entre las manos tenía algo que no fuera su pija, se las arreglaba para romperlo aunque fuera de acero. Lo mejor era que saliera del medio. En cuanto a mi hija, simplemente se borró y apareció dos días después como si nada. Mi mujer aprovechó que me tenía cerca para romperme bien las pelotas y todo transcurrió por los carriles normales. Terminando la mudanza me percaté de un anciano con aspecto desvalido que nos observaba parado en el umbral de al lado, difundiendo la pestilencia de su toscano infame. Cuando se dio cuenta de que había llamado mi atención, se presentó. Era mi nuevo vecino, Don Yaco. Lo saludé con especial consideración, escuché las estupideces que decía como si fueran la palabra revelada, perdí un montón de tiempo mirando su nariz de berenjena apolillada y esa noche cuando me dormía me di cuenta de que había sido víctima del Síndrome de la Niña Alicia, que no era más que la culpa por mi indiferencia hacia esa vida de aislamiento a la que no había sido capaz de concederle una sonrisa. Eso fue lo que me impidió darle el tratamiento que un viejo choto como Don Yaco merecía. Él tenía la impresión de que nos habíamos hecho amigos y mi familia no podía entender que un sorete como yo fuera tan considerado con un extraño. Así, mientras me contaba compungido la miseria que cobraba de jubilación después de haber trabajado toda la vida como un burro, después de haber hecho este país, yo lo escuchaba con expresión reconcentrada mientras pensaba “Jodete, ¿quién te mandó a romperte la espalda para nada, y después de todo, si hiciste este país, de qué te quejás?”. Y cuando me contaba que lo habían operado de cataratas, que se la había roto la prótesis dental, o que le estaba doliendo mucho la cadera, yo me cui-

daba de fingir una medida expresión de aflicción mientras pensaba que estaría bueno esparcir su cerebro grasoso de un disparo para que dejara de sufrir. Estuvimos unos meses así, hasta que Don Yaco me mostró su casa. Yo no quería pero tanto insistió que no tuve más remedio que ceder. Pensaba que ver las condiciones en que vivía el pobre viejo, me agravaría el Síndrome de la Niña Alicia, pero no pude zafar. Se me secó la boca y tardé en reaccionar unos segundos. El living-comedor triplicaba largamente la superficie de toda mi casa, cómodos sillones de cuero, un juego de comedor de estilo y un inmenso plasma que valía más que un auto. Don Yaco me sonrió con picardía y susurró:

—Me gusta ver los partidos en directo.

El toilette tenía una cerámica muy llamativa.

—Es artesanal —me aclaró Don Yaco— la hicieron especialmente para mí.

La cocina también era enorme y estaba llena de aparatos que la asemejaban a un laboratorio del primer mundo.

—En una época me dio por hacerme el chef —bromeó Don Yaco.

La sorpresa final me la llevé en el dormitorio alfombrado de pared a pared, con aire acondicionado, espejos en el techo y otros lujitos que no pude apreciar porque mi atención quedó atrapada en la inmensa cama que reinaba en el centro. Don Yaco tomó un control remoto e hizo que se levantaran alternativamente distintos segmentos de la cama.

—Una ayudita para las posiciones —aclaró. Yo lo miré extrañado y él agregó—: Parece medio mojigato usted.

Tocaron el timbre y Don Yaco me despidió ya que esperaba visitas. En el umbral me crucé con una hermosa joven que vestida provocativamente nos saludó con alegría y desfachatez. “Una prostituta de lujo —pensé— una mujer con la que yo ni siquiera me hubiera atrevido a fantasear —seguí pensando, para concluir— y Don Yaco se la va a coger Viagra mediante.” Quedé consternado durante varios días pero al menos me curé del Síndrome de la Niña Alicia.

Estaba enojado con Don Yaco así que entraba y salía de casa tan impetuosamente que no daba más que para un rápido saludo. Por esos días anunciaron un leve incremento en las jubilaciones mínimas. Eran centavos, pero los políticos lo anunciaban con bombos y platillos. Al cruzarme con Don Yaco, no pude evitar hacerme el irónico.

—¿Así que le aumentan la jubilación?

—Limosnas, si no fuera por mis inversiones me estaría cagando de hambre —contestó sin sacarse el repugnante toscano de la boca.

—Me pareció recordar que usted se quejaba de lo poco que le pagan.

—No deja de ser una injusticia.

Asentí para dar por terminada la conversación y cuando me iba el viejo me preguntó:

—Usted tiene coche, ¿no?

—Sí, ¿por? —contesté sin disimular mi desconfianza.

Don Yaco suspiró, luego me miró como si estuviera calculando mi peso. Creí que me iba a pedir que lo alcanzara a algún lado y esperé la oportunidad de mandarlo de una vez por todas a la mierda. Don Yaco me volvió a sorprender proponiéndome un negocio. Debía ir hasta la provincia de Salta y traerle un paquetito de medio kilo de harina.

—¿Harina? —repetí, mientras Don Yaco asentía con la cabeza—. Así que harina —dije una vez más.

—Yo corro con todos los gastos y le doy 50.000 pesos contra entrega.

Me quedé esperando algún gesto que delatara la broma. La cara de Don Yaco, que siempre me había parecido espantosa, era una máscara de piedra. Me miraba con la indiferencia de un cazador profesional que va a rematar una alimaña. Mientras más se alejaba la posibilidad de que fuera una broma, más me resonaba la cifra que me había ofrecido.

—Harina —dije tratando de imitar a Humphrey Bogart. Don Yaco no contestó, de pronto parecía hastiado. Me quise hacer el agudo—: Salta tiene frontera con Bolivia.

Don Yaco sacudió la cabeza como si no pudiera creer que alguien pudiera ser tan boludo, entonces dejé de lado mis defensas y cambiando de tono fui al pie.

—¿No será una broma, Don Yaco? —él negó con la cabeza.

Quise negociar—: 70.000 pesos sería mejor.

—No lo dudo —contestó Don Yaco con desprecio— pero con 50.000 pesos está bien para un viajecito, ¿no? Además, se lo entregan de este lado de la frontera, no hay riesgo.

—Riesgo hay siempre.

—Está bien, olvídense.

—No, espere —me sorprendí suplicando.

Don Yaco me dio los datos, arreglé tres días de licencia en el trabajo y subí para Salta. Fue un viaje agotador, me alojé un día en un hotelucho de cuarta donde antes de retornar me entregaron el paquete. Lo guardé en el bolso con la ropa y emprendí la vuelta. Apenas entré a la ruta me pararon en un retén y sacaron el paquete del bolso, directo a los bifes. Esperé en un calabozo el traslado al Juzgado. Había perdido hasta la libertad, que no sabía que la tenía, me habían entregado. Lo más probable era el conserje del hotel pero no podía sacarme de la cabeza que había sido Don Yaco, que era una trampa desde el principio. Me lo decía mi instinto, que ya había demostrado no servir para una mierda. Esperé manso mi destino con la curiosidad morbosa de quien se detiene a observar a un accidentado, dos días completos con sus noches, dos días eternos en el calabozo a pan y agua, juntando mugre, meando y cagando en un tacho, hasta que se presentó un tipo diciendo que era el secretario del juez. Soltó una carcajada y dijo:

—La primera vez que veo un porteño personalmente.

Yo no tenía fuerzas ni ánimos para pensar un insulto.

—¡Un kilo de merca! —exclamó el tipo con entusiasmo.

—Medio kilo de harina —rectifiqué en voz baja.

—Tendría que pasar un buen tiempo adentro.

—¿Tendría?

—Podemos evitar el papeleo y tanta pérdida de tiempo, ¿cuánto efectivo puede sacar con la tarjeta?

—Tres mil.

—¿Nada más?

—Si tuviera más no habría hecho esto.

—Bueno, lo van a acompañar al cajero, me saca los tres mil y cuando vuelve me firma la transferencia del coche; le vamos a dar un pasaje para el micro a Buenos Aires; de la harina olvídense, ya hicimos una tortita —terminó riendo.

Se suponía que la vuelta sería atormentadora después de tanto pensar en toda la plata que iba a ganar, en convertirme en un hombre poderoso, dueño de su destino. Volvía a una casa hipotecada a la que me había mudado pensando que con eso cortaba con el pasado. De buena gana me mudaría otra vez solo para no volver a ver a Don Yaco. El viaje fue más liviano de lo previsto, solo me desperté tres veces para ir al baño. Llegando a la terminal me vino a la mente la imagen de la Niña Alicia y me di cuenta de que había soñado con ella. La había visto yendo de un lado a otro como un ratón, el tumor en su cabeza y sus ojitos por entre las rendijas. Entré en mi casa con la sensación de que habían pasado veinte años. Para irme había inventado la historia de investigar un posible negocio, tuve que inventar una estafa para justificar las pérdidas. A Don Yaco no sabía qué le diría y menos qué consecuencias habría.

—No se caliente —me soltó el viejo con indiferencia. —Pero... no sé...

—Era solo harina, ¿no le había dicho, hombre de poca fe? —Eso había dicho, pero...

—Cuando yo digo lo que digo, es lo que es.

—¿Harina?, nada me convendría más pero no puedo creerle.

—Usted no es quién para saber qué cree y qué no, era solo harina.

Me quedé en silencio como si ya no me importara qué era verdad y qué mentira.

—Vea —siguió Don Yaco— tenía que probarlo, no voy a hacer negocios con el primer imbécil que se me cruza; olvídense de este asunto, no perdió nada.

—Perdí mi coche, tres mil pesos y una semana preso. —No perdió nada mío; sea optimista, considérelo una inversión en su educación.

Las cosas quedaron así, entre Don Yaco y yo no había reclamos. Cuando volvía del trabajo siempre estaba en la puerta. Nos saludábamos pero era notorio su desdén, me despreciaba, ese viejo de mierda me despreciaba. Me había manipulado y hasta el día de hoy yo no sabía si había llevado harina o coca, si me había delatado Don Yaco o el conserje, si me había hecho una prueba o si era una trampa solo para cagarme. Yo soñaba de vez en cuando con la Niña Alicia, pero ella nunca me hablaba y no pasaba nada.

Para mi familia yo existía en la medida en que mantenía la casa. Yo los despreciaba, no por algo que hubieran hecho sino por lo que eran. Sabía que no era mejor que ellos, y eso me revolvía más las tripas. Pasaron varios meses, yo pensaba que si hubiera perdido medio kilo de coca nunca podrían quedar las cosas así nomás y Don Yaco no podría ser quien tomara las decisiones, debía tener un jefe que en algún momento iba a arreglar cuentas conmigo. Y si hubiera sido solo harina, peor, no podía soportar una humillación que se hacía constante. Don Yaco me siguió dedicando su saludo día tras día como si mi paciencia no tuviera límite, como si no le importara en absoluto nada de lo que yo pudiera pensar ni hacer. Decidí adelantarme, sorprenderlo tomando la iniciativa. Compartíamos la medianera, así que arrimé una escalera y pasé de madrugada. Llevaba un fierro de más de medio metro para aplastarle la cabeza. Me descolgué del otro lado y fui directamente a su habitación. Entré levantando el fierro cual espada justiciera. Había suficiente luz para ver a ese renacuajo inmundo despatarrado en su inmensa cama junto a una joven que también dormía, mi hija. No podía dejar a mi hija como testigo, no podía matarlos a los dos aunque ganas no me faltaran, no podía. Me fui. Apoyé el fierro

contra la pared, arrimé un banquito para llegar al borde y volví. Fui al trabajo sin dormir y pasé un día de mierda. Hacía mucho tiempo que todos los días eran de mierda para mí, pero este había sido peor. A la vuelta tuve una breve alegría, Don Yaco no estaba en la puerta de su casa. Hubiera sido terrible soportar su saludo sabiendo que se curtía a mi hija. Contra la puerta de mi casa encontré apoyado el fierro con una notita, “se olvidó esto”. Yo estaba más desesperado que nunca, no me daba el cuero para más. Otro lo hubiera matado a fierrazos, otro lo cagaría de un tiro al primer cruce, yo no me atrevía a más, era un cobarde. Ya no quería ni verlo, así que al volver del trabajo me fijaba de lejos si él estaba en la puerta y pasaba horas esperando que entrara. A veces me iba a dar una vuelta o a sentarme en una plaza cercana. Soñé varias noches con la Niña Alicia. No recordaba nada más que alguna imagen, nunca pasaba nada, hasta la última noche en que ella me tendió un chocolatín como cuando era chico y sin esperar las gracias que mi madre me exigía, se metió en su casa. Hubo una diferencia esta vez, en el sueño hice algo que en la realidad no había hecho jamás, me comí el chocolatín. Desperté aliviado, con el recuerdo de algo que no había sucedido, con la sensación de haber pagado una deuda. Luego lo olvidé para sobrellevar otro de mis días. Volví a casa con la cautela acostumbrada pero Don Yaco no estaba en la puerta. Había varios vecinos asomados cuchicheando y mi mujer también estaba en la vereda.

—Se acaba de ir la morguera —me dijo— se murió Don Yaco. —Yo no lo podía creer, mi mujer siguió contando—: Estaba con una prostituta, se despertó a media mañana gritando que lo perseguía un monstruo y meta correr de aquí para allá hasta que se cayó muerto, hizo tal escándalo que llamé a la policía, por suerte llegaron antes de que la chica se fuera, ella les contó todo.

—¿Un monstruo?

—La chica dijo que gritaba algo de un monstruo de cabeza rosada.

Mi vida se recompuso para transcurrir tediosa e intrascendente. Mi hija se fue con uno de sus machos, el nene se quedará hasta comer-

se mi cadáver, mi mujer está pero si se fuera no me enteraría. En fin, tengo otra vez una vida normal, una familia como Dios manda. Me hubiera gustado decirle algo a la Niña Alicia, algo que no sé qué es, que no sé cuándo me quedó sin decir, que no sé si se puede decir. Pero no volví a soñar con ella.

El duelo

Sonia tenía los ojos para adentro, protegidos por el balcón de su frente. Vaya a saber su color en esa profundidad de sombras. Lo que mantenía unido su matrimonio no era su belleza sino la admiración que exteriorizaba por su marido y para el gordo Rómulo eso era irresistible. Él siempre había procurado el reconocimiento del mundo, el elogio de los demás, y aunque Sonia era la única persona que se había dignado a darse cuenta de su grandeza, él mantenía esa forma de pararse, de sentarse, de levantar la cabeza como si cada vez que se quedaba quieto estuviera posando para su estatua. Los únicos momentos en que Sonia acallaba su discurso izquierdozo eran para escuchar embelesada las afirmaciones de su marido. Él siempre tenía algo para decir sobre cualquier tema, pero ahora estaba realmente indignado y Sonia era la única persona capaz de recibir su descarga. Por una discusión entre vecinos, un perro que le había cagado la vereda, Rómulo había sido objeto de una amenaza.

Gordo puto, te voy a romper el clavel —le había dicho el vecino antes de irse.

Así que se vio obligado a elaborar una larga alocución en la que su principal argumento era la calidad de su semen. Testigo presuntamente irrefutable de ello era la propia Sonia, que había parido cinco pibes en poco menos de diez años. Rómulo mencionó incluso algunas estadísticas genéticas para dejar asentado que si uno de sus hijos era mogólico, sólo tenía la culpa el azar.

Finalmente, terminarían como siempre dándose la razón uno al otro sin que el desencadenante de semejante diatriba se enterara jamás de nada. Él siempre contaba que su madre había sido una puta calabresa llegada a parir a la Argentina con el único objeto de privarle ser europeo, y que era analfabeta, mientras él tenía una biblioteca de cuatro mil libros.

A mí no me importan Sonia y Rómulo pero son mis vecinos y a partir del día en que se mudaron la pared que nos separa comenzó a dejar pasar todos los sonidos. Me afecta mucho lo que hacen porque viven interpretando novelones que improvisan sobre la marcha, con peleas a los gritos, objetos que vuelan, amenazas y reconciliaciones feroces. La nueva acústica de estas paredes me impone escuchar hasta los borborismos de la barriga de Rómulo. Por suerte llegaron con la etapa reproductiva cumplida. A cambio, la quejumbrosa voz de Sonia repite cada tanto:

—Ya no me hacés el amor como antes.

Y la gutural respuesta de Rómulo es inmediata.

—Es que estoy muy cansaaaado.

Escucho eso treinta o cuarenta veces por día, en ayunas, comiendo, durmiendo, cagando o como me agarre. Rómulo es músico, toca el trombón y ahora uno de sus hijos decidió emularlo y practica todo el día.

Yo vivo con mi vieja, mi hermana y mi tío. Mi vieja tiene sus años, ya está aflojando y aprovecha para manipularme como cuando era joven y sana. Su estrategia consiste en sentarse inmóvil a la mesa, apoyar el mentón en un puño cual pensador de Rodín y guardar silencio con cara de culo. Si le pregunto qué le pasa no contesta, a lo sumo se encoge de hombros. Debo insistir con los “¿te sentís bien, necesitás algo, querés que llame al médico, te traigo alguna cosa?” y tal vez obtenga un “Nada”. Tengo que adivinar qué carajo quiere y en eso estoy solo. Pueden pasar muchos días hasta que dé en la tecla. No me voy a liberar de esto, hasta que se muera. Mi tío llega tarde. Corretea por los negocios de Buenos

Aires con un enorme portafolios lleno hasta reventar de muestras de tela. Camina arqueado siempre hacia el mismo lado por el peso, aun cuando lo ha dejado. Anda con un traje azul arrugado y sudado, usa corbata aun en verano. Conserva una enorme melena canosa y desprolija como debió llevarla en su juventud. Nunca pudo siquiera comprarse un coche. Lo veo sólo a la hora de la cena. Se queda fijo frente a su televisor sin importar lo que estén pasando. No conocí a mi padre. Se supone que mi tío hubiera debido cumplir su función, pero una suposición es solo eso. En casa hay tres televisores. Uno de mi vieja, otro de mi hermana, y el de mi tío. Están los tres en el comedor y cada uno mira el suyo. Yo no tengo, yo los miro a ellos pensando cuándo carajo se irán a morir todos. Así hemos pasado la vida durante muchos años, hasta hoy en que todo cambió: echaron a mi tío de su trabajo. Le faltaban cinco años para jubilarse, así que ni siquiera eso. Pensé que era su final, que por fin se momificaría, pero su permanencia forzada en la casa en horas inusuales, le permitió escuchar la queja de Sonia a través de la pared.

—Ya no me hacés el amor como antes.

No tuvo tiempo de responder Rómulo, el que respondió fue mi tío con una voz potente y guerrera que yo le desconocía.

—¡Nadie te cogerá como yo te he cogido!

Por horas los bramidos de Rómulo retumbaron a través de la pared. Entre su furia y la velocidad a la que hablaba solo pude pescar frases sueltas que ya conocía: “cuatro mil libros”, “madre calabresa”, “masculinidad en duda” y por supuesto “la calidad de mi semen”. Luego todo sonido se cortó abruptamente excepto los sollozos de Sonia. Me figuré que Rómulo se había desvanecido por el sostenido esfuerzo. Nosotros estábamos agotados de escuchar. Pero algo había cambiado en mi tío, su mirada no vagaba perdida, su cuerpo se había enderezado y parecía más alto. Nunca lo había visto así. Una frase a través de la pared había movilizado una situación de años. ¿Cómo podía ser esto, me cambiaba esto también a mí? No pasó más nada hasta el otro día, en que mi tío entró exultante a la casa dando un portazo de entusiasmo.

—Ya lo resolvimos —me dijo sonriendo.

No contesté. Él creyó que no había entendido, pero la sorpresa ante su felicidad me paralizaba.

—Rómulo y yo, ya lo resolvimos —aclaró, y terminó—: Nos vamos a batir a duelo.

—Es una joda —concluí luego de unos segundos.

—Es bien en serio, un duelo a muerte, claro —siguió explicándome— no podíamos ponernos de acuerdo con las armas, así que lo vamos a hacer a escupidas.

No pude contener la risa al ratificar que sí era una joda y mi tío retomó la explicación.

—Es el único campo en el cual podemos medirnos parejo, el primero que recibe una escupida plena, pierde; el pacto implica que el que pierde se tira bajo el tren —terminó, señalando en la dirección hacia la cual estaba el paso a nivel, a dos cuadras de casa.

—¿Y si no cumple?

—¡Somos caballeros! —me cortó el tío indignado, y terminó—: Ni siquiera necesitamos padrinos.

—¿Qué te hace pensar que están parejos, te olvidás que Rómulo toca el trombón?

Mi tío se puso pálido, se tomó la cabeza con las dos manos y se sentó. Tardó en reponerse, no era la inminencia de una muerte segura lo que lo acongojaba, sino el haberse dejado engañar una vez más.

—Ya está hecho —susurró— soy más ágil, trataré de cansarlo hasta poder embocarlo como hizo Héctor con Aquiles.

—Así le fue —le solté sin medir mi crueldad.

Mi vieja y mi hermana vinieron de la cocina, traían un botellón de pico ancho con un líquido espeso y marrón, sonreían, ¡estaban entusiasmadas! El tío me aclaró:

—Vamos a usar gargajos artificiales, cada uno prepara los suyos.

¿Qué puede salir mal de todo esto?, calculé en mis pensamientos, si pierde Rómulo sería excelente, si pierde el tío sería mejor, lástima

que no puedan perder los dos. ¿No pueden? Esperanzado se lo pregunté al tío.

—No, va a morir uno de los dos, son hechos.

Asentí resignado, el tío sonrió, debió pensar que lo admiraba. No sé dónde fue el duelo, tampoco se me ocurrió preguntar cuándo. Pensé que pasarían unos días y que se suspendería con cualquier excusa, pero el tío volvió una tarde con un plastrón repugnante pegado en la cara.

—Perdí —me dijo y me aclaró que se tomaría un par de días para arreglar sus cosas.

—¿Qué cosas? —pregunté impaciente.

—Necesito prepararme, entrenarme un poco.

Lo miré desconcertado. Para el duelo no se había entrenado en absoluto y ahora necesitaba entrenarse para suicidarse. Traté de controlar mi irritación, después de todo eran solo dos días más.

El tío fue hasta las vías en varias oportunidades. Se paraba frente al tren y se salía antes de que llegara. Al principio veinte metros, luego quince, luego diez, cinco, y así. Yo había estudiado matemática y recordé que una sucesión de ese tipo es infinita, siempre queda una distancia por más pequeña que sea. El día de su auto ejecución el tío se salió una y otra vez del paso del tren. Cada vez que lo hacía perdía mucho tiempo porque debía cambiar de lugar. Siempre había alguien que llamaba a la policía o pretendía impedir un segundo intento. Pasaron varios días así. El tío no sabía matemáticas y lo atribuyó a un exceso de entrenamiento. Yo no imaginaba cuánto tiempo más se podría prolongar esto hasta que la voz de Rómulo retornó desde la pared.

—No cumpliste —dijo fuerte pero tranquila.

—Mañana termina todo —prometió el tío con ansiedad de chico en falta.

—Ya no hay pacto, podés volver a ser el muerto en vida que siempre fuiste.

Por lo menos terminaba esta situación tan penosa. Cuando lo miré su aspecto había cambiado nuevamente. No tenía vitalidad, su

mirada se perdía y se encorvó hacia el costado. Se refugió en su televisor y volvió a ser el de antes. A veces me quedo observándolo en su inmovilidad. Lo odio. Odio también a mis vecinos, a mi madre y a mi hermana. Odiador, yo, que tampoco hago nada, que no soy mejor que nadie. Aunque se mueran todos no me voy a liberar.

Permanencia

El día de la cirugía pensé que iba a estar más tranquilo. A pesar de que no tengo nada que perder, estoy un poco ansioso. Como tantos otros antes que yo, quiero vivir por siempre. La muerte, esa gran niveladora, no va a poder conmigo. Era muy injusto que con la fortuna que tengo, terminara muriendo como cualquier miserable. Tengo muchos años encima, pero hoy en día eso no es tan raro entre los de mi clase. De todas formas, el cuerpo se convierte en un despojo, pronto no podré controlar la realidad que me rodea. Tenía que tomar una decisión y bueno, ya está, estoy jugado. La clonación no me servía. Aunque existiera un individuo exactamente con mi genética, sería otro, no yo. Ya no estaría más una vez muerto. Quién soy yo, qué soy yo. No soy mis genes, eso lo tengo claro. Un hijo tendría la mitad de mi genética, pero conservaría algo que yo tengo y que me pasaron mis padres y a ellos sus padres y así por miles de generaciones. Algo que condiciona mi forma de ser, de actuar, lo que puedo lograr o no. Algo que de todas formas, aunque está dentro de mí no es mío. Para qué querría entonces preservarlo. Quién soy yo, qué soy. Mi vida, en este cuerpo, mucho más no se puede prolongar. Lo ideal hubiera sido un trasplante de mi cerebro a otro cuerpo, o mejor dicho, transplantar un cuerpo nuevo a mi cerebro. Con ello permanecería, quizás, porque la mente no siempre existió. Hubo un tiempo en que el habla era la acción, no había escritura, las voces y los impulsos eran de los dioses, los sentimientos venían de las vísceras. La mente la inventaron después

los griegos míticos. No sé si seré mi mente, ni quién soy yo, ni qué soy. Pero no quiero irme, no ahora con todo lo que junté, de un mundo que me ofrece una novedad a cada instante. Debo ser mi memoria, pero no sirve dejarla registrada. Aunque a alguien le interesara yo ya no estaría ahí y yo quiero estar siempre. En todo caso no soy sólo mi memoria, soy la forma en que reacciono, en que siento mi memoria. Los que la pierden no son ellos, aunque vivan y sientan. Tengo mucha plata, muchas influencias. Contacté a un grupo de neuropsicólogos de los que hacen los estudios más avanzados, escaneo cerebral. Los recluté hace años y los financié sólo para este momento. Algunos descubrimientos los hemos mantenido en secreto.

El cerebro, masa palpitante de circuitos vivientes, más difícil y arduo de explorar que el universo. Sus revelaciones parciales quizás me alcancen para seguir existiendo, para dejar de preguntarme quién soy yo, qué soy. Decenas de áreas localizadas e interrelacionadas que serán reemplazadas en el cerebro de un joven voluntario. No usaremos neuronas de mi viejo cerebro, esas no. Usaremos las nuevitas producidas ad hoc en caldos de cultivo, que luego del contacto electroquímico con áreas de mi memoria, serán implantadas en un voluntario. Para eso vaciarán sus áreas de memoria, tapizarán la cavidad con una sustancia gelatinosa que permite la conexión dendrítica e impide la reacción inmunológica, y ahí estaré yo. Por supuesto, no habría un voluntario si este fuera a morir. Fue difícil convencer a alguien de que me dejara un lugar en su cerebro. Encontré a uno que nada tiene en el mundo, que no sabe para qué vino ni para qué está. La idea nunca fue hacer uno de dos. Eso no me interesa, así que van a cortar el cuerpo calloso y quedará el cerebro dividido como hacen con los epilépticos irreductibles. Así se puede vivir con algunas secuelas aceptables y una vaga sensación de doble identidad. Ocuparé las áreas de memoria de un solo hemisferio, el izquierdo, porque el voluntario tiene ínfulas de artista. Por lo menos eso es lo que cree él, ya que los cirujanos trabajan para mí, los descubrimientos son para mí y el laboratorio es mío. Lle-

gado el momento ocuparé los dos hemisferios. Es más práctico así. De todas formas, el voluntario es un imbécil. Para qué quiere vivir si no sabe quién es, qué es. Piensa como un imbécil, tiene cara de imbécil y un cuerpo que comparado con lo que fue el mío es una verdadera cagada.

No me arrepiento de nada. Mis científicos creyeron que sí cuando pospuse la cirugía, pero no, no me arrepiento de nada. Con tanto poder que tengo no me explico cómo perdí tiempo y esfuerzo en convencer al voluntario. Debe ser mi cerebro claudicante que ya evidencia las lesiones del Alzheimer. Tantas explicaciones, tantas motivaciones, tanto y tanto y tanto que no valía la pena. Fue eliminado e hice secuestrar a un muchacho que elegí en una revista de actualidad, esos que trabajan de modelos. Su cuerpo no necesitará puesta a punto y será el perfecto continente para mi memoria. Espero estar ahí, espero ser eso.

Quién soy yo, qué soy. Ahora no habrá aplazamiento, ahora sí me preparan para la cirugía, me rapan, me desinfectan. Están todos muy contentos. Debe ser porque están haciendo historia, abriendo un nuevo camino para la ciencia. Pero no me gusta que estén contentos y mucho menos que me den ánimos. Quiénes se creerán que son. Me da desconfianza. De todas formas, estoy asegurado. Asegurado por mí mismo, que es la única forma de estar seguro. Si me traicionan o si muero, no tendrán nada. Mi fortuna está en billetes, bonos, lingotes, que escondí en lugares que nadie podría imaginar. Cuentas secretas con claves alfanuméricas inconcebibles. Además contraté asesinos implacables para que maten a todos mis científicos y destruyan los registros de las investigaciones. Me aseguré bien de que a nadie le convenga mi desaparición y de que lo sepan, que sepan que sin mí no queda nada.

El cerebro no duele, no tiene terminaciones sensitivas, así que no me van a hacer anestesia general. Aunque doliera no me dejaría, quiero estar despierto, controlando cómo va todo, estar ahí. Solo anestesia local para el cuero cabelludo y un relajante para inmovilizarme, sería muy peligroso un movimiento involuntario en un momento clave.

Trabajan con eficiencia, saben exactamente qué hacer cada uno. De aquí para allá de allá para aquí. Me muestran dibujos y debo decir qué veo, así me mantienen consciente. Sonríen, sonrén como imbéciles pensando que así me tranquilizan. Gasa ensangrentada, chirrido agudo, olor a quemado, electrodos, pantallas, señales. Dibujos idiotas: casa, vaca, lápiz, árbol. ¿Y ése, quién es ese que entra al quirófano de jean, sonriendo tan imbécil como todos los que me rodean?

—¿Y doc, lo vas a hacer hablar? —pregunta entusiasmado.

Mi cirujano contesta indiferente:

—Solo hay que saber dónde poner los electrodos.

Una voz, no es la mía, una voz de otro contesta de inmediato las preguntas, cada cuenta secreta, cada clave, cada escondite. Es de otro pero sabe cosas que solo yo sabía. El tipo de jean deja de tomar notas y sonrío.

—Está todo.

Alguien acerca una jeringa al chupete de la guía de suero. —No —dice el cirujano— solo hay que saber dónde poner los electrodos.

Cagadores hijos de puta. Hay muchos como yo. Ya nadie me habla, todo se desvanece, estoy dejando de estar. Todavía me pregunto quién soy yo, qué soy. Mi memoria, memoria, me moría, me morí. Quién. Qué.

Jeta fruncida

No era la primera vez que un hiperobeso quedaba postrado en su cama. Allí morían, dejando para los demás los engorros del traslado y del entierro. Una enfermedad más, que en el caso de Tumbado era una decisión porque se había retirado del mundo acostándose con el control remoto de la televisión en una mano y un pucho prendido en la otra, que sostenía entre los dedos meñique y anular mientras usaba los demás como pinzas para comer. Así había pasado los doscientos kilos. Su mujer, Penélope, ya no soportaba su presencia. Quería rehacer su vida, pero no podía volver a equivocarse, por eso había elaborado una lista de cualidades de su hombre ideal y esperaba. Él tenía una pensión y ella había conservado su trabajo, así que contrató al hijo de una conocida del barrio unas horas por día para ayudarlo. Muy importante era el baño de esponja, porque los pliegues de piel que formaban los descomunales rollos se infectaban. De allí provenía el olor agrio que saturaba el ambiente. Cuando JF entró, hizo honor a su apodo y frunció la jeta. Lo hacía automáticamente en señal de desdén ante cualquier cosa que viera, escuchara, oliera, degustara o tocara. Si a pesar de su rechazo algún osado pretendía hablarle, JF levantaba exageradamente las cejas y dejaba escapar un “Ahhh”, que claramente quería decir no me jodas, y si con esto no alcanzaba añadía un descalificadorio “Bahhh”, cortando la posibilidad de comunicación. De nada le sirvió su repertorio con Tumbado, que aceptó sus servicios fascinado por la oportunidad de relacionarse con alguien más sorete

que él. Cuando JF se repuso del desconcierto ya se había acostumbrado. El desprecio mutuo, el asco y la aversión que cada uno sentía por el otro, los hicieron inseparables y pronto en vez de dos o tres horas por día, JF pasaba con Tumbado todo el tiempo. Fue un alivio para la futura viuda que cuanta menos relación tuviera con su marido, mejor. Tumbado llevaba esta vida desde hacía tiempo y ya estaba llegando a un punto crítico. A JF lo entusiasmaba estar en contacto con su decadencia, era tan dependiente y su fin tan obvio que se sentía superior.

Semanas después, comenzó visitar a Tumbado su hermana Cosita. JF no sabía su nombre, tampoco quería preguntárselo a Tumbado y mucho menos a Cosita, así que le decía señora y no quería pasar de allí ya que sospechaba que tenía otras intenciones para con él, tal vez intimidar, quizás hasta casarse. Pero lo que más molestaba a JF de Cosita, era su interferencia. La salud de Tumbado se deterioraba rápidamente, su muerte se sentía en el ambiente. Creía tener un derecho adquirido en cuanto espectador privilegiado y Cosita podía desplazarlo o decirle que no fuera más. No era justo después de todo el tiempo invertido y tanta expectativa. Por ahora la cosa iba bien, Tumbado se negaba a seguir las indicaciones de los médicos. Por otra parte habían mantenido diálogos de una profundidad que JF no hubiera podido sospechar fueran posibles. Un animal salvaje vive según sus instintos —le había explicado una vez— pero una mascota se amolda al modo de vida de su dueño, como vos. ¡Admirable! Tumbado hacía estas afirmaciones con tierno desprecio y JF las absorbía desesperadamente para reinterpretarlas según su percepción. Cuando él muriera serían suyas, mientras tanto seguiría captando los conceptos que le soltaba sin que el tonto imaginara su importancia. No tiene idea de lo que sabe, pensaba JF complacido. Iba a transformar esto en un verdadero corpus filosófico.

—Apostaría mi vida a que sos virgen —le había dicho una vez Tumbado.

—Apuesta muy poco —había contestado JF. Le vino a la mente entonces algo que le había dicho un taxista una vez “No hay mujer

más cara que una esposa”. Él estaba por sobre estas preocupaciones, su mano era más barata que la más regalada de las putas y su mente le ofrecía mujeres ad libitum. Tumbado lo observaba atentamente, sobre todo cuando JF hacía sus silencios gesticulantes que evidenciaban un intenso diálogo interno.

—Si te portás bien —lo interrumpía a veces— voy a dejar que me chupes la pija.

JF fruncía la jeta y lo miraba de soslayo.

Esta hermosa relación duró solo unos meses. Un día Tumbado reemplazó algunas de las hamburguesas que tragaba, por frutas y gelatinas. Cosita lo había convencido de que se cuidara un poco. “Un poco —pensó JF— con eso no hacemos nada.” Sin embargo, Tumbado empezó a mejorar tanto que en tres semanas podía ponerse solo de costado para que JF le limpiara el culo. “No iré a recuperarse este hijo de puta”, pensó JF y se contestó: “No, de tanto deterioro no se vuelve”.

Penélope comenzó a inquietarse porque esto daba por tierra con sus planes para una nueva vida. Necesitaba a Tumbado muerto y lo poco que tenían para ella. Qué era esto de recuperarse. La boluda de Cosita, ella era la culpable. Y JF era apenas una cosa, no demostraba ni alegría ni tristeza, contestaba con gestos o monosílabos, imposible saber lo que pensaba. Hubiera necesitado un aliado pero no podía contar con él.

Tumbado estaba por concretar la hazaña de sentarse cuando de pronto murió. Unos vómitos, algo de diarrea con sangre y chau. Cosita ocultó su miedo en la supuesta pena por su hermano. Ni Penélope ni JF sospecharon de ella. Ignoraban que compartía una caja de seguridad en la que Tumbado mantenía fuera del alcance de su esposa y en efectivo la mayor parte de sus bienes. Había estado mezclando arsénico en la comida de su hermano. Sabía que administrado en pequeñas cantidades produce síntomas muy vagos que no hacen pensar en envenenamiento sino en enfermedades crónicas consuntivas. Que Tumbado hubiera muerto a menos de cuatro días del comienzo de

las tomas, le hacía pensar que quizás hubiera sido una coincidencia y su muerte después de todo se debiera al colapso de su organismo. Sin embargo, era muy probable que descubrieran el arsénico y tendría que pagar como si fuera una asesina y ella era inocente, no la podían culpar por algo que no había logrado concretar. Aún así lo intentarían y no podía soportar la forma en que la iban a mirar. Decidió que lo mejor era implicar a Penélope y plantó en la alacena de la cocina el frasco con arsénico. Nadie sospecharía de ella, JF declararía en su favor ya que había visto su interés por su hermano y el comportamiento de la esposa. Además le tenía ganas, lo disimulaba muy bien pero tenía que tenerle ganas un boludo que lo más cerca que puede estar de una mujer es con una foto. Aunque Penélope zafara, concentraría la atención sobre ella durante un tiempo y eso le alcanzaría.

Se puso temeroso, JF. Él era el único extraño allí, no tenía razones que los demás pudieran entender pero hasta Tumbado sabía que lo quería muerto. Era seguro que lo habría comentado con alguien. Cómo imaginar que todo iba a ser tan rápido, si le había dado arsénico solo un par de días. Temblaba con el paquetito en el bolsillo pensando que tanto Cosita como Penélope lo iban a acusar, sobre todo Cosita, esa reverenda puta que no dejaba de insinuársele y había entorpecido su relación con Tumbado. Ya tenía clarificados muchos de los razonamientos de su filosofía y eso justificaba la existencia de Tumbado. Había servido de catalizador para su obra personal pero nadie lo entendería hoy. Se dio la oportunidad en que lo dejaron solo y en un impulso metió el paquetito en la cartera de Cosita. Se felicitó a sí mismo por su audacia y ausencia de duda. Se sentía satisfecho, después de todo él se había dedicado a ayudar a Tumbado durante mucho tiempo por unos pocos pesos. La única forma en que lo podían complicar ahora era que lo hicieran hablar y él no hablaría nunca.

Penélope se aterrorizó. Todos sabían que había llegado a odiar a Tumbado, que no lo quería atender, que necesitaba su muerte. Cómo saber que el arsénico actuaría tan rápido. La primera en acusarla iba a ser

Cosita, que siempre le había recriminado su actitud. Esa guacha medida de mierda. A menos que le encontraran el arsénico a JF que no iba a saber defenderse, ni siquiera le iba a interesar. Con su actitud provocaría el rechazo de los investigadores y hasta por ahí le estaba haciendo un favor, hablarían de él quizás hasta por televisión si no ocurría algo más interesante. Logró poner el sobrecito plástico en un bolsillo de la campera de JF sin que la vieran, y se sintió reconfortada. Mientras sacaban el cadáver el forense le indicó al fiscal que éste era un claro caso de envenenamiento. Juntaron a Penélope, Cosita y JF en una habitación. Los tres se miraron, los tres se ofendieron, los tres esperaron. El veneno fue apareciendo alternativamente en la alacena, la cartera y la campera.

No la pasó mal JF, sintiéndose importante con la atención de tanta gente. No lo afectó el proceso judicial, los dejó decir y hacer lo que quisieran, se pensaba más allá de todos ellos. Tampoco la celda ni mucho menos el régimen carcelario lo afectaron, todo lo contrario, las rutinas y que nadie esperara nada de él, le facilitaban la vida. Ignoraba a los otros presos y a él lo ignoraba el mundo. No le dio forma a su filosofía. Era más fácil divagar que exponerla en palabras que otros pudieran compartir. Pasaron varios años pero lo comprendió, su filosofía solo era un revolcarse sobre sí mismo. Se dedicó entonces a disfrutar del aislamiento, esta sociedad era una mierda. Pero ya no tenía la convicción para creer que era demasiado para los otros, que algo se perdía si se perdía él y que los demás eran tan idiotas que ni se enteraban. Él estaba porque lo habían puesto, no había decidido nada. Ni había decidido nacer, ni nada de nada, nadie lo necesitaba ni lo necesitaría nunca. Entonces comenzó a leer. Fue duro, lo peor fue que tuvo que hablar con algunas personas para tener acceso a la biblioteca de la prisión, tuvo que pedir. Eso fue lo peor de todo. Nunca había sido un lector así que al principio le costó. El autor del primer libro llevaba muchos años muerto. Estaba escuchando a una persona que no existía y eso era lo más parecido a una relación que había tenido. Lo que esa

persona decía pasaba a formar parte de él para siempre le gustara o no, y aunque le asignara otro significado a lo leído esto ingresaba en él, se mezclaba con él, era él. Comprendió que en algún momento iba a salir de la cárcel, que no estaría ni su madre ni su casa, y comenzó a estudiar.

Empezó también a sentir la soledad, quizás por eso imaginaba que Cosita venía a verlo. No era lo mismo imaginar a cualquier mujer que a Cosita, con ella había cruzado algunas palabras, la había rozado alguna vez. Cada mínimo gesto de simpatía que ella le dedicó, se multiplicó exponencialmente en su mente al punto que terminó cayéndole bien, tanto, que dejaron de verse solo en la celda y comenzaron a encontrarse en otros lugares. A veces ella tomaba la iniciativa pero generalmente se negaba al sexo. Era una negativa blanda, una invitación para que la convenciera. Él entraba en ese juego fascinante. Tenía que trabajar más pero era también más placentero. Lo acompañó mucho Cosita en esos años, se le hizo imprescindible. Llegó a amarla, no solo estaba con ella de noche sino a toda hora, siempre y cuando no hubiera otra persona porque entonces Cosita se desvanecía. Por eso prefería estar solo, para estar con ella. Acariciaba su piel con lentitud, la besaba al principio con suavidad y demoraba el momento de la penetración no solo para sentir más placer sino porque ella luego se iba, se le hacía inaccesible durante horas.

Cuando salió en libertad condicional tras veinte años, le faltaba una materia para recibirse de abogado. Decidió que no la daría. Él había estudiado para saber y sobre todo por la transformación que estudiar provoca en una persona. No se recibiría nunca y no le diría a nadie que tenía esos estudios. Antes se creía más que todos pero no hacía esto por creerse menos ahora, lo hacía porque era de las pocas decisiones importantes que podía estar seguro le pertenecieran. Lo único que quería ahora era ir hasta la ribera para ver el horizonte después de veinte años de vivir en una cueva.

Había cambiado mucho, nadie lo hubiera reconocido por su aspecto físico y mucho menos por su disposición. No quedaba quien

lo conociera de antes y de todas formas era otro. Ahora se mostraba amable, sonreía mirando a los ojos, entraba a cualquier lugar sin atisbo de duda. Había algo exagerado, una sobreactuación en sus actitudes insinceras. Él lo sabía, los demás seguían sin interesarle, pero ahora no le costaba nada esa diplomacia personal que encaraba como un juego de desafíos consigo mismo. Consiguió un trabajo vendiendo panchos en Plaza Once. Había otros muchos que vendían comidas para pobres entre la suciedad y las multitudes pasantes. Después del encierro era un deleite ver tanta gente mientras vendía algún que otro pancho. Observaba la muchedumbre moverse como un animal inconsciente, dispersándose desde la estación de trenes hacia cientos de paradas de colectivos. Los días de calor se formaba una nube de transpiraciones que se condensaba en la mugre del piso tornándola pringosa. Le llegaban las expresiones de tensión en los que aún luchaban inútilmente, la indolencia vacuna en los que se habían entregado, los cuerpos en decadencia temprana, los berridos bestiales de los niños, los olores escondidos bajo colonia barata. Entonces le parecía escuchar una de las frases favoritas de Tumbado:

—Qué gran invento la bomba atómica.

Pasó varios días disfrutando de ese infierno hasta que la vio. Vio pasar a pocos metros a Cosita, no la que había conocido años atrás, era otra, envejecida, arruinada, nada que ver con su Cosita. Se quedó inmobilizado y ella se perdió entre la gente. Siguió en su puesto varios meses que se acumularon en años. Ya no disfrutaba, solo esperaba la reaparición de esa vieja. Estaba solo, ella no venía ahora que la había visto en la realidad compartida. Se fue poniendo irritable pero se contenía. No sabía qué haría de tenerla frente a frente, aunque ese era el único objetivo de su vida. Cuando se le cruzó de vuelta de paso a perderse entre la multitud, algo decidió por él.

Lo sostenían entre varios hombres. Cuatro cuchilladas. Con una hubiera alcanzado, la que le correspondía, pero le había dado una por Tumbado, otra por Penélope y una más por él. Eso lo pensó después,

cuando lo dejaron tranquilo con los interrogatorios, cuando no lo torturaban diciendo que esa mujer nada tenía que ver con la que había conocido. No entendió por qué no lo llevaron a la cárcel. Hubiera vuelto con gusto a su antigua celda. Aquí estaba tan incómodo, encerrado en una habitación con los enfermeros husmeando a cada rato. Ahora Cosita, la verdadera, la que él tanto conocía, había vuelto. Era un alivio.

—Ya no come —dijo el enfermero— ni hablar de darle las pastillas, pronto no va a tragar ni el agua; se está quedando duro, antes por lo menos movía los labios como si hablara con alguien; habría que ponerle una sonda.

El doctor negó con la cabeza, suspiró y solo dijo:

—Déjenlo.

Pensó que la única diferencia entre su realidad y la de él era el consenso. “Por lo menos es feliz, quizás el único feliz”, siguió pensando. No le dijo nada más al enfermero y se alejó arrastrando los pies por los penumbrosos pasillos interminables.

Falta una hoja

Decían que había quedado mal desde la dictadura, que no había querido hacer la bomba para los milicos, que había soportado la persecución, la desocupación, la amenaza a su vida y a su familia. No me consta, pero no me extrañaría. En la Argentina las primeras centrales atómicas se construyeron hace treinta años, y hay muchos científicos capaces de fabricar armas nucleares, y lo más increíble, capaces de negarse. No me extrañaría nada. Lo que sí sabía con certeza es que ese hombre que vivía en pijama, que nunca salía de la casa, que se apresuraba a esconderse en su habitación arrastrando las pantuflas apenas llegábamos con su hijo de la facultad, había sido un importante científico. Hubiera querido que me aclarase alguna de esas historias que corrían, pero me saludaba con un leve cabezazo que era el colmo de su capacidad para la cortesía, y desaparecía. Era un raro privilegio que me concedía, seguramente porque yo era el único amigo de su hijo. Cuánta inteligencia tuvo ese hombre, cuánta capacidad tuvo, cuánto éxito tuvo, cómo se fue por el tubo. Algunos días lo admiraba, otras lo despreciaba. Jorge lo despreciaba siempre. Supongo que no podía dejar de pensar en todas las oportunidades que su padre había dejado pasar y de las que él podría estarse beneficiando. La hermana de Jorge entraba en la adolescencia y se babeaba cada vez que me veía, y eso que soy feo. Si yo fuera una mina, no me daría ni cinco de bola, pero Marcelita me revoloteaba alrededor elogiando mi vestir, mi saber y mi decir. Más de una vez al saludarnos me había dicho al oído:

—¿Sabés que todavía soy virgen?

Yo nunca sabía cómo reaccionar. Aunque ganas de cogérmela no me faltaban, era muy chica, realmente muy chica para mí. Además Jorge era mi amigo, no hubiera estado bien. La madre me trataba como a un rey, tanta era su amabilidad que me incomodaba. También era muy amistoso el perro de la familia, al que hubiera pateado la cabeza por su insistencia en olerme los huevos. Nunca descarté el temor de que el violento olisqueo terminara en una mordida. Comencé a cambiarme el calzoncillo diariamente con la esperanza de disminuir su interés, pero no sirvió de nada. En la casa todos adoraban a ese perro de mierda, de manera que yo me limitaba a apartar su cara con la mano fingiendo una sonrisa. Todos estaban complacidos de que el perro me aceptara como si fuera de la familia. En esas ocasiones siempre, pero siempre, me encontraba con la mirada de Marcelita y me parecía que ella se contenía para no imitar a su perro. En la familia de Jorge todos sabían todo de todos, y se amaban y despreciaban con la misma intensidad, excepto al padre, que nunca supe si cayó en el ostracismo antes o después del desprecio permanente. Yo ni siquiera tenía eso. Mis viejos se habían divorciado cuando era chico, mamá era ejecutiva en una empresa y ganaba muy bien, de manera que me criaron sucesivas sirvientas por relevos. Papá se había casado de vuelta y era el papá de otros. A veces pensaba que era mejor así, mucho más tranquilo que tener una familia como la de Jorge. Otras veces no, otras veces me daba por pensar que era mejor eso que la soledad. Jorge era un poco mayor que yo. Había hecho otra carrera casi hasta la mitad cuando decidió cambiarse de Facultad. Nos quedábamos algunas noches a estudiar antes de algún examen. La madre era la única que aguantaba un par de horas y sentada en un extremo de la mesa del comedor mesaba su pelo. Con un elegante movimiento curvo de la muñeca, se pasaba los mechones bajo la nariz para aspirar su grasitud. El movimiento era inconsciente, repetitivo. Cuando la situación se me hacía insoportable, se levantaba con desgano, me daba un beso en la mejilla mientras yo

contenía la respiración, y se iba sin saludar a su hijo. Yo retomaba el estudio con la intención de recuperar el tiempo perdido, pero a Jorge le costaba mucho concentrarse, se ponía a joder con cualquier excusa y se mandaba unas siestitas sentado en el sillón que me dejaban estudiando solo. A través del silencio, me llegaba entonces el olor a plástico del mantel. Siempre tenía ese olor, como si recién lo hubieran sacado del paquete. Siempre, siempre, siempre, siempre. La puta que lo parió, no encontraba paz allí, no comprendía para qué iba, ni siquiera se podía estudiar tranquilo. La última noche que estuve en esa casa fui al baño mientras Jorge dormía y al pasar por la puerta de la habitación del padre, la abrí despacito y asomé la cabeza. Era el único lugar que no conocía. En un extremo un gran escritorio con su lámpara prendida, y en el otro el viejo dormía acurrucado en su cama. Se tapaba la cara con una de sus manos. No hacía ningún ruido al respirar, pero todo su cuerpo se inflaba cada tanto. La pausa era tan larga, que daba la impresión de que no se reanudaría. Fui hacia el escritorio sigilosamente. Bajo la luz varias hojas llenas de fórmulas, ecuaciones y flechas habían sido cuidadosamente desplegadas. El papel era viejo, manoseado. Las junté, las doblé y me las metí en el bolsillo. Volví al comedor y desperté a Jorge.

—Ya me voy —le dije.

—¿Terminamos?

—Estoy muy cansado.

Esa mañana Jorge no se presentó al examen. Era raro. Siempre lo bochaban, él se cagaba de risa, pero nunca dejaba de presentarse, así que desde la Facultad me fui directamente para su casa. Había policías en la puerta. Entré. Mientras trataba de apartar el hocico del maldito perro, Marcelita me abrazó gritando:

—Se ahorcó, mi papá se ahorcó.

La madre se olía el pelo como siempre, sentada, con los ojos muy abiertos sin mirar. Jorge tomaba mate de pie, apoyado contra la mesa, distendido, casi alegre.

—¿Querés verlo? —me sorprendió, y antes de que pudiera reaccionar estaba en el dormitorio del padre. Policías iban y venían. No nos decían nada. En una de las paredes había un gancho empotrado de los que se usan para colgar bicicletas, apenas a un metro y medio de altura. El papá de Jorge colgaba del cuello, con las rodillas a pocos centímetros del suelo.

—Usó su mejor corbata —se quejó Jorge. —¿Por qué no se paró? —pregunté sin pensar. Jorge se encogió de hombros y arriesgó:

—Se empastillaba para dormir el muy boludo.

Me quedé mirando unos instantes, y pensé en voz alta:

—Era muy inteligente.

—La inteligencia y la boludez no son incompatibles —dijo Jorge sonriendo.

Luego me pasó el brazo por los hombros y me sacó. Compartimos unos mates y algún que otro comentario. Olvidé que llevaba el mismo pantalón que el día anterior y cuando buscaba un papel para anotar la dirección del velatorio, saqué las hojas llenas de ecuaciones.

—¡Los papeles de papá! —gritó Marcelita.

Todos se quedaron mirándome, incluyendo los policías que momentos antes pasaban desapercibidos.

—Los tengo hace mucho —dije tratando de fingir desinterés, y ante la expectativa que me rodeaba seguí—: Hace unos días me esperó en la puerta del baño y me pidió que controlara los resultados, supuse que me había confundido con alguno de sus ayudantes de otra época, los guardé y me olvidé. Los vengo pasando de bolsillo en bolsillo y nunca me acuerdo de dejarlos —terminé.

—¿Te habló? —preguntó Jorge con desconfianza.

—Solo eso —mentí— pero me pareció todo tan intrascendente que... no sé, se me fue pasando. ¿Era importante? —agregué luego de unos instantes.

—No —dijo Jorge agarrando las hojas— para nada.

El ambiente se distendió enseguida y me di cuenta de que la

clave había sido la palabra “intrascendente”. Estuve en el velorio y en el entierro, pero la actitud de Jorge y su familia para conmigo ya no era la misma. Había pasado a ser un extraño. No insistí ni quise averiguar nada, simplemente dejé de ir a la casa, Jorge dejó de ir a la Facultad y perdimos contacto, perro incluido. Era muy probable que el robo de esos papeles hubiera desencadenado el suicidio. Traté de aliviar mi culpa pensando que el viejo venía con depresión desde hacía mucho. Recordaba su cadáver colgando casi de rodillas, de cara a la pared, y ese gancho tan fuera de lugar. Y la historia de un gran científico que perdió todo por su ética, historia de la que nunca pude saber nada. Si por lo menos me hubiera cogido a Marcelita.

Unos meses después desperté atado de pies y manos en el piso de un galpón oscuro. Solo recordaba que me habían empujado al pasar junto a una ambulancia estacionada.

—Se despertó —dijo una sombra, y me rodearon otras más.

Me enfocaban la cara con una linterna.

—Falta una hoja —dijo la sombra. Yo no sabía de qué hablaba y no podía pronunciar una palabra del cagazo que tenía. La sombra agregó—: Entre los papeles que le afanaste el viejo falta una hoja, la más importante.

No pude contestar porque cuando comenzaba a entender me doblaron de una patada. Tardé un buen rato en recuperarme. Las sombras, estáticas.

—No voy a sudar por vos, quiero esa hoja.

—No tengo nada más —balbuceé suplicante.

Me bajaron la ropa hasta las rodillas y comencé a gritar desesperado:

—No sé nada... ni siquiera sé de qué eran esos papeles.

Me dieron náuseas pero no podía vomitar, tampoco hablar.

Brilló ante mis ojos la hoja de una navaja, manos en látex.

Intenté rodar para alejarme, varios pies me inmovilizaron.

—¿Y? —preguntó la sombra.

Me estiraron el prepucio, la hoja cortó la piel de un saque y mis aullidos se mezclaron con las risotadas. Me sacaron los pies de encima para que me revolcara a gusto por el piso mugriento. Cuando por fin me calmé, la sombra preguntó:

—¿Ahora que sos de la colectividad podríamos negociar algo, no? Hubo unas tenues risas aprobatorias. Ya estaban hastiados de mí.

—No sé nada, no tengo nada, nada, nada... —gemí entrecortadamente.

—Cortemos un poco más arriba entonces —dijo la sombra, fingiendo resignación.

Me pisaron de vuelta, vi el acero manchado con mi sangre y sentí que me tiraban con firmeza de los testículos. No traté de moverme esta vez, solo repetía llorando:

—No sé nada, no sé nada.

Desperté en el hospital y tuve que repetirle a la policía muchas veces más el “no sé nada”. En un par de meses me curé, pero quedé medio paranoico. Trataba de no salir de mi casa, vigilaba por la ventana. Con los meses empecé a forzarme cada día un poquito más a moverme con cierta normalidad por el barrio y empecé a hacer las compras en un supermercado cercano. Me sentía más a salvo entre tanta gente. Vivía en asombro por el rumbo que había tomado mi vida.

Una vez, entre las góndolas, me crucé con Marcelita. Estaba cambiada, parecía mayor que yo pero la reconocí de inmediato. Nos quedamos mirándonos como petrificados. Lo primero que me salió fue:

—Me imagino que ya no sos virgen.

—Tengo la concha como una cacerola —contestó al alejarse.

Elevé la voz a sus espaldas.

—¿Y tu mamá?

Ella, sin darse vuelta señaló al cielo dos veces. “Bueno —pensé— las cosas están claras con papá, con mamá y con Marcelita.” No pude dejar de pensar una vez más que pude habérmela cogido cuando esta-

ba buena. Con el tiempo llegué a creer que todo volvía a la normalidad, pero comenzaron los llamados telefónicos. “Falta una hoja”, nada más decían, cuatro o cinco veces por año. Un par de años después fui sorprendido otra vez en el supermercado.

—¿Así que te habló? —preguntó la voz de mujer a mis espaldas. Me di vuelta y la vi a Marcelita—. Debe haber sido mágico —siguió— porque papá no pudo hablar desde que le sacaron la laringe por un cáncer. —Y siguió—: Todos supimos que mentías, en cuanto abriste la boca lo supimos, solo una palabra te salvó —terminó mirándome con desprecio.

Luego de vacilar unos momentos salí de allí rápidamente. Me mudé del barrio, cambié de trabajo y el primer día en mi nueva casa recibí el llamado. Ya sabían todo, ¿por qué no me dejaban tranquilo?

Pasé dos años más así hasta que un día, caminando por el centro, me encontré con Jorge. Me sonrió y me invitó a tomar un café. Dudé. En cualquier ciudad de la Argentina eso significa charlar largo y tendido.

—No tengas miedo —añadió riéndose.

Señalé el bar más próximo y entramos. Nos mirábamos, nos medíamos, él contenía la risa. Pedimos el café. Tuve ganas de ponerle una piña pero no era el más indicado para ofenderme.

Al final me preguntó:

—¿Te recibiste?

—No, ¿y vos?

Él negó con la cabeza, y se quedó mirándome. Me empecé a sentir muy incómodo y decidí tomar el toro por las astas:

—Así que se dieron cuenta de inmediato. —Pareció no entender, y le aclaré—: Cuando les dije que había hablado con tu viejo.

—Hubiera sido raro.

—Imposible, no raro.

—Imposible, ¿por?

—Marcelita me dijo de la operación de la laringe y...

El estallido de risa de Jorge me interrumpió. Debí ponerme colorado porque me miraba y reía más y más mientras golpeaba la mesa con la mano abierta. Esa turra me había mentido y ahora yo quería salir corriendo pero no tenía el coraje para huir. Y yo, que ni siquiera me la cogí. Por lealtad, por respeto, por boludo no me cogí a Marcelita. Respiré profundo, me reconocí perdido y traté de relajarme. La risa de Jorge se fue gastando y decidí que podía irse a la puta madre que lo parió. No me importaba, no me importaba ni lo que pudiera pensar de mí ni lo que pudiera decirme o hacer. Mi expresión debió endurecerse porque Jorge dijo:

—No te hagás el machito conmigo, que te oí gritar como un marrano, suplicar, llorar.

Lo miré extrañado y entre los borbotones de su nueva risa pude entender palabras sueltas “revolcabas... no sé nada...

colectividad...”. Hice fuerza contra el respaldo de la silla para no caerme, y sin darme cuenta murmuré mi letanía:

—Y ni siquiera me cogí a Marcelita.

Jorge reía con moderación, así que pude entenderle.

—Yo sí, no te imaginás cómo me la garchaba —se inclinó hacia delante y siguió— era rapidita para bajarse la bombacha y lo más importante, no era mi hermana y esa no era mi familia.

—Seguís burlándote —dije sin convicción.

—No, yo los vigilaba, el viejo había hecho no sé qué descubrimiento, algo más importante que cualquier bomba, pero el gobierno estaba rematando el país al mejor postor y él no quiso seguir. No hubo forma de doblegarlo —decía Jorge con admiración— y mirá que lo jodimos.

—Pero... vos eras mi amigo.

—¿Ah, sí?

—Estudiábamos juntos...

—¿Yo?

—Ibas a la Facultad.

—Hacía las dos cosas, vigilaba al viejo en la casa y a los estudiantes en la Facultad —terminó más cansado que serio.

Se me escapaban las lágrimas y gemí:

—Me estás cargando.

—Falta una hoja —contestó amenazante.

—¿Sos vos?

—Falta una hoja.

—¿Qué carajo tengo que hacer para que entiendas, qué carajo tengo que hacer para recuperar mi vida? —exclamé tratando de no levantar la voz.

Él pareció escupirme las palabras.

—No te hagas la víctima, mentiroso de mierda, asesino, cobarde —y se levantó, pero antes de salir me advirtió—: Tu tiempo se termina, o nos das la hoja o usás tu mejor corbata.

Me quedé un rato más en el bar, hasta que entendí la alusión. Era un alivio, ahora tenía una amenaza toda para mí, ahora sabía quién era el enemigo, ahora volvía a ser alguien después de tanto tiempo. Podía intentar matarlo, escapar, cagarme en todo y seguir como si nada, o usar mi mejor corbata. Viví tranquilo varios meses y cuando recibí el llamado no dudé.

—Está bien, vení a buscarla —le contesté.

En el silencio percibí la sorpresa que no era mía, la duda que no era mía, y tuve que contener la risa. Cortaron. No soy el único cobarde, pensé. Solo dos días después se repitió el llamado. Yo no estaba ansioso ni preocupado. Le dije:

—Vení cuando quieras que te la doy, no sabés las ganas que tengo de dártela.

Solo hubo silencio del otro lado hasta que cortaron. Comprendí que nunca habían tenido más poder que el que yo les daba, que siempre es así con el miedo, con la furia, con lo peor de uno. Hace mucho que no me llaman, no sé si volverán a hacerlo y me importa un carajo. Ya perdí demasiado tiempo con esto. Tengo que terminarlo. Si por lo menos me hubiera cogido a Marcelita.

Bien entendida

Toda la noche sentado en silencio junto a mi esposa, agonía liberadora. No sé cómo empecé, ella nunca me importó. Sueño, imaginación, ensueño. No pude retenerlo pero me sentí mejor y volví una y otra vez. Hasta que pasó eso y volvió lo otro, el vientito llevador de palabras, escalofriante como la primera vez, con su bruma que no respeta la oscuridad porque no está afuera, porque sólo me nubla a mí.

La primera vez que vi a Teodoro se me mezclaron la ternura y el asco. Me acostumbré pronto al ruido de fuelle con que inspiraba cada tanto como si jugar al ajedrez en el bar le exigiera un esfuerzo atlético. Una mancha se destacaba en la curvatura de su panza sobre el pulóver azul, allí rebotaba la comida que se le escapaba de la boca. Debe haber sido por eso que me cayó simpático. Desde su cuerpo se difundía un aura odorífica que no podría describir sin sentir náuseas. Jugaba rápido, Teodoro. A veces ganaba a veces perdía. Cuando comía una pieza, la retenía entre sus dedos manoseándola largamente. Me gustaba observar a los jugadores de ajedrez que se encontraban en el bar. Apenas consumían un café de vez en cuando, pero eran varios y generaban sensación de lugar concurrido. Aficionados de plaza en su refugio invernal que por sus limitaciones teóricas producían posiciones interesantes. Teodoro era uno de mis preferidos porque jugaba rápido y hacía que su rival se acoplara a su ritmo. El derrotado se levantaba para que otro ocupara su lugar. Decliné varias veces, no quería tocar esas piezas impregnadas de

grasitud, hasta que me pareció grosero persistir en mi negativa y jugué por fin con Teodoro. Cometió un pequeño error en la apertura y luego otro más importante, me abstuve de explotarlos y dejé que la partida avanzara hacia el medio juego. Cometió otro error, muy grosero. Me hice el burro y lo dejé llegar a un final en el que para que no sospechara le gané. Con un aficionado las partidas se ganan en la apertura.

—Es un jugador muy fuerte —le mentí.

Teodoro sonrió. No estaba seguro de que me hubiera creído y tampoco estaba seguro de que no se hubiera dado cuenta de que le había perdonado la vida varias veces. Solo me miró de reojo y sonrió.

Así jugamos muchas más partidas y mientras tanto me contó algunas cosas de su vida y yo le conté de la mía. Estaba jubilado y tenía una hija con parálisis cerebral progresiva que vivía postrada en una silla de ruedas. A la tarde, durante algunas horas, él venía a jugar al ajedrez. Eran los únicos momentos en que no estaba con la hija. Le conté que trabajaba por mi cuenta como vendedor, que a veces me iba muy bien y otras más o menos, pero como no tenía hijos ni mujer, vivía sin sobresaltos, sin angustias.

—Como quien no vive —agregó Teodoro en voz baja.

—¿Cómo dice? —pregunté como si no hubiera escuchado.

—Nada, nada —zafó concentrándose en la partida.

No me afectó su comentario. Desde mi punto de vista, estaba mejor que la mayoría de la gente. No había nada malo en pasar la vida tranquilo, no tener que correr de un lado a otro ni tener que preocuparme por nadie. Sin saber mucho uno del otro llegamos a ser como amigos en solo unas pocas semanas, todo un récord para mí. Teodoro estaba cada vez más flaco. Se lo mencioné un par de veces pero me eludió haciéndose el desentendido y aproveché para hacer lo mismo. Un día, en mitad de una partida, me dijo:

—Siempre me perdonás la dama.

Me di cuenta de que se había dado cuenta desde el principio. ¿Para qué jugábamos entonces? Nunca había tenido claro para qué ju-

gaba con él y ahora no comprendía para qué jugaba él conmigo. Con el antebrazo barrió lentamente las piezas del tablero.

—Siempre me perdonás la dama —repitió como ganando tiempo para pensar un reproche contundente.

No quería humillarlo pero si seguía insistiendo le podía llegar a decir cualquier cosa, inclusive que yo no tenía la culpa de que fuera un boludo. Teodoro agregó:

—Tengo una propuesta que hacerte, una propuesta muy interesante. —Lo miré extrañado, él siguió—: Quiero que te casés con mi hija. —No sé qué cara puse pero siguió hablando como si nada.— Está postrada y ni siquiera puede hablar, pero tiene pleno uso de sus facultades, ya averigüé y es legal.

Hizo una pausa para observar mi reacción, luego terminó de explicarse y todo fue claro para mí. Estaba muy enfermo, el cáncer se le había metido en los huesos, no tenía parientes y no quería que su hija fuera a parar a una institución estatal. Yo me casaría para hacerme cargo de ella. Sería mucho pedir hasta para un amigo, un verdadero amigo, porque después de todo nosotros solo éramos conocidos que jugaban al ajedrez y hablaban sin decirse nada. Lo interesante era que Teodoro tenía muchas propiedades que de otra forma quedarían como herencia vacante. Su hija no duraría mucho más que él y si yo me encargaba de que siguiera viviendo en la casa bien atendida, al convertirme en viudo sería millonario. La propuesta que al comienzo me sonó a disparate, adquiriría sentido. Haciéndole notar mi interés, le pedí un par de días para pensar. Luego hicimos una cita en su casa para conocer a la hija.

Me iba poniendo nervioso a medida que se acercaba la hora. Pensaba en lo difícil que se podía poner la reunión, en que los minutos se harían interminables, en que quizás la hija no estuviera de acuerdo o que hubiera otras personas involucradas o que Teodoro me saliera con otras condiciones. No tenía nada que perder y vencí la creciente tentación de pegar el faltazo. No fue tan difícil, solo unos minutos

en la mansión de una de las mejores zonas de la ciudad. Indiferente, la enfermera de la hija apenas me miró y ella ahí, contorsionada por siempre en esa silla, la cara a un costado en gesticulaciones mecánicas que solo se interrumpían cuando con la única mano que apenas manejaba, se limpiaba el babeo con una pequeña toalla que aferraba con fiereza de ave de rapiña como si se le pudiera a escapar. Se le había escapado todo de la vida, todo menos esa toalla húmeda. Ella no podía decir nada, a la enfermera no le importaba, Teodoro parecía seguro y había mucha plata de por medio, muchas propiedades, todo para mí. Teodoro me aseguró que la parte legal estaba arreglada, exhibió escrituras, me paseó por la ciudad mostrándome propiedades y algunos grandes locales con restaurantes, bancos y supermercados instalados que le proporcionaban rentas impresionantes. Nos reunimos un par de veces con su abogado que nos atendió con cortesía empalagosa y trató de explicarme enmarañadas cuestiones legales. Yo estaba cada vez más entusiasmado. Hasta ahora había estado bien con lo que tenía, pero se me abría la posibilidad de convertirme en millonario, de cambiar totalmente de vida, de dedicarme a disfrutar. Las dudas que aún tenía, no las comprendía, así que las sepulté en lo más profundo con la esperanza de olvidarlas. Si no le hacía mal a nadie, si era lo que necesitaba Teodoro para morir tranquilo, si la hija no contaba. Yo me encargaría de que estuviera bien, de que no le faltara nada y que viviera en la casa. No dejaba de sonar a excusa y sin embargo no encontraba ninguna razón para dejar pasar esta oportunidad.

Teodoro se debilitaba pero se las arregló para manejar todo. El juez de paz vino a la casa, firmé tembloroso, la hija también lo hizo con ayuda de la enfermera y lo más difícil quedó hecho. Me mudé con ellos y ocupé dos de las muchas habitaciones vacías. Vendí mi departamento, no lo necesitaba y hacía falta efectivo para los gastos administrativos de la herencia de la hija, que eran importantes. Vender rápido era mal vender y con mi departamento se perdía menos. Teodoro tenía razón, era lo más práctico. Vivimos un par de meses juntos.

Apenas veía a la hija que parecía indiferente a todo. Una sola vez, por un instante, me pareció que me miraba con el intento de una sonrisa. Movía su mano para secarse la boca con la toalla, los ojos hundidos en cuencas de calavera. Pobre mujer —pensaba yo— vivir así toda la vida, sin futuro, sin ambiciones, sin disfrutar, sabiendo que los otros viven vidas que ella nunca tendrá. El médico pasaba diariamente y le reajustaba la medicación para el corazón. No viviría mucho más que el padre, casi siempre tenía la vista perdida en el vacío. La enfermera me miraba como a punto de revelarme algo espantoso, seguramente estaría al tanto. Qué pensaría de mí, que me había vendido, que era un inescrupuloso haciendo un negocio a costa de una familia destrozada, que quería despojar a alguien indefenso, tal vez creería que todo esto había sido mi idea. Tal vez me envidiaba, tal vez quería algo para ella, tal vez ya se lo habían prometido. Demasiados tal veces. Había algo que no me gustaba desde un principio y sin embargo seguí adelante. Faltaba poco para que todo terminara, en realidad, no era tanto sacrificio y sin embargo esa sensación de mierda...

Teodoro murió a los pocos días. Había dejado arreglados desde los gastos del sanatorio hasta el funeral. En ningún momento dejó de recordarme la promesa, tuve que jurar una y mil veces. Apenas enterrado, revolví toda la casa en busca de las escrituras. El abogado me recibió al otro día, su cordialidad había mutado en desprecio. Me explicó que Teodoro tenía muchas escrituras a su nombre porque era testaferro de poderosos, que había contra documentos firmados desde antes y que ya no tenía ninguno de esos papeles en su poder. Que no me preocupara porque la casa que ocupábamos tenía el alquiler pagado por seis meses más, lo mismo que el sueldo de la enfermera. De pronto se le ablandó el gesto y sonriendo me dijo:

—El trato sigue en pie.

—¿Qué sigue en pie?

—El trato —dijo torciendo la boca. Luego agregó levantando la voz—: No sea pelotudo, ¿quiere hacerme creer que se casó por amor?

—Se acomodó la corbata, hizo algunos movimientos de cuello para relajarse y siguió—: Cuando la hija muera usted recibe los cien mil dólares siempre y cuando haya sido bien atendida.

—Ese no era el trato —protesté.

—Es lo que dejó encargado el padre —me comunicó con un gesto grotesco.

¿Cómo había caído en esta trampa —pensé— en qué momento había perdido el control de la situación?

—Entonces todo claro —concluyó el abogado levantándose para acompañarme hasta la puerta.

Yo asentí siguiéndolo a pesar del mareo.

—Tiene que estar bien atendida —añadió el abogado y yo asentí confundido—. Bien atendida —repitió y se quedó esperando mi confirmación.

—Entendida —balbuceé.

—No, entendida no, atendida —repitió sin disimular su impaciencia y poniendo énfasis en la “a”. Ya en la puerta me pasó el brazo sobre los hombros y revoleando los ojos dijo—: Es por el sexo, ya sabe —y me empujó afuera cerrando.

Me quedé un rato parado ante la puerta hasta que del otro lado volvió la voz del abogado:

—Y no se haga el vivo porque me voy a enterar.

“Si no puede hablar”, objeté más para mí que para él. Es lo último que recuerdo de esa charla.

Caminé hasta el agotamiento, comenzó a llover y me quedé bajo un toldo de chapa. Se había venido la noche y la calle estaba desierta. Nadie que pudiera verme llorar como un maricón. Qué iba a hacer ahora, había perdido mi departamento y en poco tiempo estaría en la calle. ¿La hija podría hablar realmente, estaría al tanto de este plan maquiavélico? ¿Y la enfermera qué papel jugaba, con qué se quedaba? Me habían despojado de todo lo que tenía, que no era mucho pero me alcanzaba. Con lo mío, Teodoro había financiado el final del tratamiento de la hija,

el alquiler de la casa y su propio entierro. También le había pagado al abogado, todo a costa mía. Y ahora lo de los cien mil dólares, una promesa, solo una promesa, promesas de mentirosos. Por momentos me daban ganas de matar a la hija, a la enfermera de la hija y al abogado, ése primero. Pero me arruinaba más todavía. Hasta ahora había perdido pertenencias, cosas, solo eso. Me tranquilizó bastante pensarlo.

—Solo eso. Nada más —agregué para sentirme mejor. Volví a la casa. La enfermera estaba en la sala con la hija y el televisor prendido. Al pasar junto a ellas se me metió un vientito helado por el oído. ¿Qué había sido eso, palabras? La enfermera no había movido los labios y seguía tan indiferente como siempre. Unas palabras escondidas en ese vientito escalofriante, ¿qué decían? Volví sobre mis pasos pero ni la enfermera ni la hija parecían percibirme. ¿Qué palabras eran? De pronto me vinieron:

—Prostituto de cuarta.

Eso, en un susurro. ¿La enfermera lo había dicho, la hija, alguien lo había dicho, nadie? Pensé en los cien mil dólares. La enfermera apagó el televisor.

—Deje que la acuesto yo —le indiqué con tono casual, como si fuera lo acostumbrado mientras empuñaba las manijas de la silla. La enfermera se fue en silencio, de inmediato. Cuando la puse sobre la cama abierta, la desvestí. Observé el cuerpo huesudo, consumido. La tapé, apagué la luz, pasé una mano bajo las sábanas, le acaricié los muslos, fui subiendo, busqué y metí los dedos pero la sequedad adherente me repelió. Estuve media hora lavándome las manos. Volví, arrimé una silla a su cama y me senté.

Yo no sueño, o por lo menos nunca lo recuerdo, pero esta vez tuve uno del que desperté reteniendo cada detalle. Estaba en un teatro, todas las butacas tapizadas de rosa, enormes, como las de los coches cama. Un grupo de pésimos actores trataba de representar una obra. El escenario estaba desplazado hacia un costado y una pared impedía verlo desde las butacas. Era el único lugar por donde se podía entrar o sa-

lir de la sala. Quería irme sin pasar entre los actores, pregunté por otra salida a un hombre de pelo blanco que sostenía paquetes de entradas.

—¿Para qué viene! —me increpó iracundo.

—Traje a mi madre —mentí.

Mientras se iba me dijo:

—Espere al intervalo.

Así lo hice pero cuando cruzaba el escenario el telón se abrió. Seguí mi camino sin mirar a nadie, pasando rápido entre los actores que no me prestaron atención. Me quedó rebotando en la mente ese “Para qué viene”. No me parecía casual. La siguiente noche soñé que iba en tren con un amigo que empezaba a achicarse hasta que su cuerpo cabía en la palma de mi mano. Bajé a la orilla de un río, miré el pequeño cuerpo que se achicaba más y más en mi palma y dije:

—Esto tiene que ser un sueño.

Había unas mujeres de piernas peludas tomando sol en la orilla. Sabiendo que estaba en un sueño comencé a manosearlas. Se armó un gran escándalo pero yo les decía que nada importaba porque estábamos en un sueño. Me desperté con la certeza de que había desperdiciado una oportunidad única. La tercera noche apareció la dueña de la voz. No la veía pero me di cuenta de que era la mujer que había amado y perdido. Llevaba mucho tiempo muerta y ahora me hablaba. No recuerdo qué me dijo pero su voz era la calidez, no vi sus ojos pero su mirada era la dulzura. Charlamos largo. Esa vez no fui consciente de que soñaba ni recordé la charla, solo el bienestar que me producía. La voz me retuvo noche a noche durmiendo sentado junto a la hija, sólo junto a ella escuchaba la voz. No podía precisar si era la misma voz que me había insultado días atrás. La voz se alegraba de que yo llegara cuando me dormía, disfrutaba de hablar conmigo, yo también. Éramos felices, no recuerdo haber sido tan feliz como en esos sueños. Podría haber pasado el resto de mi vida así, pero un amanecer desperté sabiendo que la voz no volvería. Sin tocar su cuerpo, sin mirarla, supe también que la hija había muerto. Le avisé a la enfermera, ella se hizo cargo.

Junté mis cosas. La enfermera de la hija me esperaba en la puerta, me tendió un sobre. Nunca supe qué había en él porque la dejé con la mano tendida. Estaba libre, me iba sin huir. ¿Puede quien ha perdido todos sus bienes ser más rico que antes? A medida que me alejaba, comprendía. La enfermera no solo estaba al tanto, ella había manejado todo. Parte del engaño había sido el supuesto arreglo de su sueldo. No necesitaba un sueldo para hacer lo que hacía, la enfermera de la hija.

Temores

Qué zonzo había sido. No había tenido alternativa, nadie la tiene en la niñez pero igual había sido un zonzo. Mirando hacia atrás, Alfonso veía que se le había pasado zonzamente la niñez, la adolescencia y la madurez. Ahora se veía fácil, pero no desde su zoncera, la misma que había tenido siempre. Le habían quedado imágenes aisladas de sus primeros años, flashes fuera de contexto. Tempranamente lo habían desplazado, su hermano tenía un año y medio menos. Años más tarde se había dado cuenta de lo que había dolido. A los que no les pasan unas cosas, les pasan otras. Él no era la excepción. No le condicionaba la vida ahora, pero una cicatriz es siempre eso, frágil y dura, testimonio que si no está en la carne queda oculto. Su padre trabajaba todo el día y cuando volvía había que tener cuidado con su furia. Los fines de semana era otro, iban a la plaza, quizá un chocolate o alguna chuchería. A veces lo odiaba, a veces lo quería. Dormían los hermanos en un sofá. Las noches eran largas, con la ropa en el respaldo de la silla, las sombras gestaban monstruos vigilantes que la claridad desvanecería de a poco. Su hermano dormía, el miedo era todo para él. No recordaba su niñez, solo episodios, los peores, las palizas, cada una, en especial la lluvia de golpes cuando su padre irrumpió en el baño y lo encontró parado sobre la tapa del inodoro. Quedó desconcertado cuando su madre le explicó que si no, no llegaba al botón. Cuando sucedían estas cosas su padre lo evitaba durante días. No podía ni mirarlo a la cara, como aquella vez en su

fiesta de cumpleaños en que lo agarró de los pelos y le sostuvo la cabeza bajo la canilla. Recordaba también los accidentes, como la vez en que al cerrar la puerta del taxi casi le amputa uno de los dedos.

—Pendejo de mierda, ¿por qué no se fija dónde pone las manos?

Su padre estaba para cosas más importantes, tanto que hoy siendo un montoncito de cenizas todavía le hacía doler. Qué zonzo había sido. Si hubiera sabido distanciar su mirada, si hubiera sabido algo. Pero no se puede, nadie puede. Los jóvenes no deberían ser padres, madres quizás sí, padres no. Pero lo que más le dolió fue una vez en que no quiso la comida. No quiso comer las lentejas y su padre decidió aplicar el método con el cual el abuelo le había enseñado a comer lo que hubiera. A partir de ese momento, al desayuno la merienda la cena o el almuerzo, para él solo hubo siempre el mismo plato de lentejas. Al segundo día las comió humillado ante el regocijo de sus padres, todas, como ellos querían. Su madre esta vez había ayudado aprobatoriamente a aleccionarlo.

—Quién se cree que es este mocoso, rechazar comida cuando tantos niños pasan hambre.

Ahí se dio cuenta por primera vez de que estaba solo. Después se dio cuenta todos los días, pero esa fue la primera. Qué zonzo, ya tenía cuatro años, Alfonso.

Iba y venía, apenas algo más que una molestia. Si hubiese sido en una pierna, en un brazo o incluso en la barriga, pero era en el pecho. Aquel mediodía Alfonso no entró al aula, se sentó en el pasillo, puntazo en el corazón. No quería que nadie se diera cuenta, metió la jeta en la carpeta, el dolor fue cediendo. Volvió a su casa de ánimo fúnebre. Un infarto a los veinte, eso era mala suerte. No dijo nada en su casa, le daba vergüenza, con tantos sacrificios que su familia hacía para que pudiera estudiar y ahora esto. Fue solo al hospital, esperó, lo atendieron bien, con electro y todo. No tenía nada en el corazón, era el estrés, espasmos de esófago. Volvió aliviado, tiró la receta, no necesitaba medicación. Esa experiencia también le sirvió para curar-

se del temor al tumor. Desde muy chico lo arrastraba. Recordaba el detonante: yendo de la mano con su mamá, se encontraron con la maestra de primero y comentaron la muerte de un compañerito por un tumor cerebral. Desde entonces supo que lo mismo podía pasarle. El momento no llegaba aunque pasaban los años, pero lo que podía pasarle permanecía, hasta que le pasó lo del dolor en el pecho y se llevó junto con él el temor al tumor, con la ventaja de que nunca nadie supo que lo tuvo, el temor al tumor se evaporó de su vida. Si hubiera sabido no ser tan zonzo, cuánto sufrimiento se hubiera evitado. Tantos años viviendo con el temor al tumor, sólo algunas horas harto del infarto, basta de temores para él. Eran como los monstruos que lo aterrizaron sin existir y como ellos sufridos en silencio.

El cablerío de la casa de departamentos solo podía pasarse por la terraza del frentista. Podría haberse negado Don Luis, pero siempre había tratado de mantener una relación cordial y distante con los demás, así que soportaba cada tanto el cambio de cables de TV y teléfono. Por eso le costó a Alfonso pedirle un nuevo favor. Había contratado el servicio de TV satelital y se encontró con que tenía que renovar el televisor ya que el viejo no admitía la nueva tecnología. Tuvo que tarjetearlo porque no le quedaba un mango y se encontró con que desde su propiedad la antena no captaba la señal. Don Luis lo dejó poner la antena en su casa y eso que era un servicio que él no tenía. Quizás influyera que Alfonso nunca se había quejado por el perro, un inmenso mestizo de San Bernardo al que llamaban Patroclo. Estaba viejo, nunca había sido ladrador y apenas lo sacaban a la vereda depositaba unos monumentales soretes enrollados sobre sí mismos ante la puerta, que quedaban humeando largamente en los días de frío. Don Luis nunca los levantaba, y si hubiera sido por él la entrada se hubiera tapiado tras una montaña de mierda. El primero de los vecinos que salía, limpiaba. A tal efecto Alfonso había dejado una palita de basura tras la puerta. Favor con favor se paga podría argumentarse, pero lo de la antena había sido muy importante para él, por eso cuando Don Luis

le pidió que lo ayudara se sintió aliviado. El viejo perro había muerto súbitamente. Una torsión de estómago, dijo el veterinario. El cadáver era pesado, los servicios de retiro de mascotas le cobraban mucho y el municipio no se hacía cargo. Necesitaba que lo acercara a algún parque para enterrarlo. Era engorroso pero Alfonso accedió puteando por dentro. Estaba embolsado, fue trabajoso meterlo en el baúl, un peso muerto es difícil de agarrar.

—Como llevar una persona —bromeó Alfonso.

Don Luis sonrió de compromiso y Alfonso se dio cuenta de que había metido la pata. Debía querer mucho a este perro de mierda, pensó mientras manejaba.

—El próximo va a ser un pequinés —distendió Don Luis. En el parque sacaron la pala pero apenas comenzaron a cavar pasó un patrullero. No quisieron entender razones, no podían enterrarlo ahí.

—Tómense el buque antes de que pasemos de vuelta —amenazaron.

Don Luis estaba pálido, sudaba a pesar del frío, temblaba. —No se preocupe —le dijo— en el primer baldío que encontremos lo dejamos.

Pero primero tuvo que dejarlo a él en su casa porque se descompuso.

—Si es cuestión de tirarlo por ahí yo me encargo —lo tranquilizó Alfonso.

“Después de esto —pensó— ya no me va a dar vergüenza pedirle nada.” Lo dejó para el otro día y se olvidó hasta que el olor que salía del baúl fue insoportable.

—Patroclo y la puta madre que te parió —repetía una y otra vez, arrepentido de haber tomado semejante compromiso.

Le tocó el timbre a Don Luis, parecía no haber nadie. Salió en busca de algún lugar donde dejar el perro. Los vecinos hacían pilas de bolsas frente a los terrenos o las casas abandonadas, como si no soportaran su propia basura frente a ellos unas horas hasta la recolección. En

la primera oportunidad estacionó el coche, no pudo bajar el bulto, el olor le producía arcadas y se manchó las manos con sangre y un pestilente líquido marrón. Empezó a sudar y perdió la calma. La gente se paraba a observarlo, algún vecino se asomó. Tuvo ganas de increparlos “¿No tienen nada que hacer?”. Cerró el baúl e hizo otros dos intentos fallidos. Lo incomodaba llamar la atención, las miradas acusadoras. Si en esta ciudad a nadie le importa nada, son todos unos sucios, pensó. Tampoco quería que en la maniobra se le rompiera la bolsa. Luego de dar muchas vueltas encontró una casa abandonada. Un cartonero pasaba, le dio unos pesos para que lo ayudara y bajaron la bolsa entre los dos. En frente, una señora se asomó a la ventana y le clavó ojos de furia. Él contestó con un gesto desafiante.

Volvió a su casa aliviado, prometiéndose que no lo volverían a enganchar con semejante encargo. Le contaría a Don Luis para que valorase lo que había hecho. Había cumplido más de lo que era necesario, pero luego de bañarse y descansar un poco, se sintió satisfecho.

Al salir al otro día observó que el departamento de Don Luis tenía todas las persianas bajas. Pasaron varios días, se llevó la palita ya que él la había comprado y todavía servía, pero al otro día había una palita nueva tras la puerta. Alguno de los vecinos no se enteró de la muerte de Patroclo, pensó. Un día, al salir a la calle notó las persianas abiertas casi al mismo tiempo en que hundía hasta el tobillo uno de sus pies en una montaña de mierda como aquellas que hacía Patroclo, exactamente en el mismo lugar, con el mismo olor, consistencia y color.

—Patroclo y la remil puta que te parió —protestó recordando de inmediato que Patroclo ya no estaba. “Debe tener otro perro —razonó mientras sacudía el pie embadurnado— pero no es un cachorro, por lo menos en lo que al diámetro del culo se refiere.”

Entró a su casa a lavarse y cambiarse y al salir de vuelta se encontró con otro vecino que limpiaba.

—Algún boludo pisó la mierda de Patroclo —le comentó irritado.

—Debe tener otro perro, Patroclo se murió hace varios días.

—Las ganas —contestó resignado el vecino— esa bestia inmundada se va a morir justo un día después de que yo me mude.

Alfonso estaba apurado así que se fue sin explicar nada, pero a medida que se alejaba enlenteció el paso, como para que la cuadra hasta la parada del colectivo se le hiciera más larga y le permitiera pensar. Cuando llegó, una idea terminaba de tomar forma en su mente. Trató de tranquilizarse pensando que era solo otro monstruo, como aquellos que le fabricaba la oscuridad en la niñez, como las enfermedades de la juventud. Le tocó el timbre a Don Luis, no salió nadie, el perro no ladró. Pasó varios días tocando cada tanto. A veces se encontraba con las brutales deposiciones, otras veces ya las había levantado algún vecino. Una mañana Don Luis atendió la puerta.

—Mire que es insistente —le recriminó. Alfonso titubeó, y luego le soltó: —¿Ya tiene otro perro?

—El de siempre —contestó Don Luis.

—Cómo, Patroclo se murió.

—¿A usted le consta? —preguntó Don Luis mientras cerraba la puerta.

Alfonso la trabó con el pie y le gritó:

—¿De qué está hablando?

—De nada —dejó escapar Don Luis mientras hacía fuerza contra la puerta.

Por la rendija que quedaba Alfonso gritó:

—¿Fuimos a enterrarlo juntos!

—¿Fuimos?, yo con usted no voy ni a la esquina —cerró Don Luis.

Pasó días difíciles, Alfonso, pensando mucho, lo que generalmente era malo para él. No sabía qué había en la bolsa que desechó con tanto trabajo aquel día. A veces se encontraba con los soretes, a veces ya los habían levantado. Él no limpiaba más. Perdió la señal de televisión, se asomó a la medianera y vio la antena colgando del cable. En ocasiones, a la tardecita, veía venir a Don Luis del almacén, pero él,

cuando advertía que Alfonso lo esperaba en la puerta, depositaba la bolsa en el piso y esperaba. El primero en cansarse en este duelo de esperas y miradas era siempre Alfonso. Quería pedirle explicaciones pero por otro lado temía que le confirmara sus sospechas, de modo que no insistía demasiado. Quería y no quería, no sabía qué quería. Vivía sobresaltado, soñaba que iba a la cárcel, los ojos atónitos de sus familiares, la mansedumbre con que pagan los inocentes. Esperaba que insistieran con el timbre antes de atender, abría la puerta con temor de encontrarse con un policía. Algo parecido le pasaba con el teléfono. Tenía los nervios destrozados, se tomó unos días afuera con la familia. Al volver, lo primero que notó fue que la palita no estaba. Luego le comentaron que Don Luis se había mudado. Averiguó que tenía un hijo muy violento que había estado en la cárcel, quizás se hubiera ido con él. Quiso saber si se había llevado al perro, todos le contestaron que suponían que sí.

No consiguió la nueva dirección de Don Luis. Tendría que haber insistido para que le dijera la verdad.

—Era paraguayo —le comentó un vecino.

—¿Era? —se alarmó Alfonso.

—Bueno, era, es, no sé, no lo vi más, pero de que nació en Paraguay, estoy casi seguro.

—¿Casi? —volvió a errar Alfonso, privándose de toda colaboración que el vecino le pudiera dar. A la gente no le gusta que la corrijan. Hablan mal, no saben decir con precisión, se justificaba Alfonso en sus pensamientos. Él era preciso e inoportuno. Cavilando estas cosas mientras manejaba vio la pequeña pirámide en la vereda. Estacionó, corrió hacia ella y la examinó de cerca dando vueltas a su alrededor. Se parecía pero no era de él. Muchas veces más detuvo su camino para examinar un cacho de mierda. Estuvo a punto de tener accidentes por manejar con la atención puesta en su búsqueda. Habían pasado meses desde la mudanza de Don Luis, ya no se sobresaltaba cuando sonaba el timbre ni temblaba al ver un policía. Ahora estaba buscando mier-

da. Era un niño, igual de indefenso, de crédulo, de débil, el niño que había sido seguía en él. Hay que matar al niño, le había escuchado una vez a uno de esos gurúes que pululan por el mundo.

Pasaron meses en que no hizo nada, ni siquiera pensó en todo esto. Le hizo bien. Cuando fuera viejo recordaría lo zongo que era ahora, como lo había hecho en su juventud respecto de su niñez, como lo había hecho en su madurez respecto de su juventud, como si juzgara a otro. Tantas vueltas en su mente lo mareaban. Le pareció que habían tocado el timbre, le pareció que habían tocado dos o tres veces. Abrió. Un tipo esperaba con Patroclo de la correa y sin saludarlo Alfonso le preguntó por Don Luis.

—Murió hace unos días —le contestó el tipo dándole la correa— dijo que usted se hacía cargo.

Se le ocurrió que por primera vez tenía a sus monstruos y sus miedos agarrados.

—Patroclo y la puta madre que te parió —le susurró.

El perro movió la cola, olisqueó en círculo y se puso a cagar. “Bueno, ahí está —pensó Alfonso— encontré lo que tanto buscaba.” El perro sacudió la cabeza soltando latigazos de baba contra sus ropas.

—Patroclo y la puta madre que te parió —dijo Alfonso.

Hasta dejar de serlo

Esta es la historia de Aníbal, su papá, su mamá y su hermana, todos rodeados por el mismo mundo. Nunca fue necesario ser cartaginés para llamarse Aníbal, así que se llamaba Aníbal. Se pasaba de un asiento a otro cada vez que alguien se sentaba junto a él. Siempre la misma pesadilla. Viajaba en un micro lleno de chicos. No le gustaban los chicos y además se estaba cagando. Cuando no quedaba ningún asiento al que cambiarse, se cagaba. El alivio era tanto que no le importaba que los chicos se dieran cuenta, dejaba de pensar y eso es bueno, eso es meditación. Hasta que veía sus piernas convertidas en una pasta roja y despertaba gritando. Hay que ser boludo —pensaba después— para asustarse siempre de lo mismo. Nunca, nunca, nunca, nadie, nadie, nadie supo de su pesadilla, ni siquiera su vieja y eso que la tenía de chico. De qué hubiera servido. Ése era Aníbal, por lo menos hasta que dejó de serlo.

Al papá de Aníbal le decían Cara de Goma, por la forma en que gesticulaba antes de cada frase. Había sido político con cargos de alguna relevancia hasta que se rebeló contra el caudillo local y quedó afuera. Tan decente como inútil, terminó pobre e indignado. Después de todo, si uno no se indigna para qué sirve la dignidad. Hay que saber indignarse completamente, con el pensamiento y con el cuerpo. Los que no se indignan no pueden sentirse superiores a los demás y el papá de Aníbal podía. Ése era el papá de Aníbal, por lo menos hasta que dejó de serlo.

La mamá de Aníbal no tenía apodo. Su misión en la vida era hacer sentir culpable a todo el mundo pero no lo conseguía con todos, solo con su familia.

“Sería mejor que no hubiera familias”, le había dicho Aníbal una vez para vengarse por hacerlo sentir culpable. Pero solo le había servido para sentirse más culpable. “En tiempos prehistóricos los humanos vivían en pequeñas tribus, los hijos eran de sus madres y los padres eran todos los hombres o ninguno, que viene a ser lo mismo” iba a seguir Aníbal con la explicación pero no era necesario, el gesto de su madre evidenciaba que había conseguido lo que quería, entonces callaba. Mejor no hablar de más, se terminan diciendo estupideces, pensaba Aníbal después de decir estupideces. Ésa era la madre de Aníbal, por lo menos hasta que dejó de serlo.

La hermana de Aníbal no creía en el amor. No creía en el amor desde que un compañero de trabajo le había explicado que el amor no existía, que era un invento de los románticos del siglo no sé cuánto que asombrosamente eran alemanes. ¿Cuándo alguien antes de ellos se había casado por amor, cuándo alguna mujer antes de ellos había soñado con su príncipe azul, cuántas mujeres habían arruinado sus vidas por culpa de ese príncipe? Y la preñó. Muy hábil el hijo de puta. Su hermana abortó y el cambio de televisor quedó para más adelante. Ésa era la hermana de Aníbal, por lo menos hasta que dejó de serlo.

Aníbal pensaba que si fuera tuerto, Aníbal podría ser su apodo. Los apodos no los ponen los cultos aunque para saber que Aníbal era tuerto no hacía falta ser culto, solo haber visto la película. Sin embargo, no sabía de ningún tuerto al que le dijeran Aníbal por ser tuerto. Tampoco sabía que le dijeran Cervantes a algún manco o Beethoven a algún sordo. Gambini era la excepción, en eso había tenido suerte. No se llamaba Gambini, le decían así porque le faltaban las gambas. Trabajaba en la Municipalidad deslizándose de un lado al otro tras un mostrador en su silla de ruedas. La gente creía que se llamaba así, a él todavía le molestaba que le dijeran Gambini pero más le molestaba

no tener piernas, así que se la bancaba. Gambini no conocía a Aníbal, tampoco conocía al papá de Aníbal, ni a la mamá de Aníbal. A la hermana sí. Él era el que la había preñado. La hermana de Aníbal también trabajaba en la Municipalidad y ya se sabe, en la Municipalidad todos se cogen a todos. Pero eso Aníbal no lo sabía, la mamá de Aníbal tampoco y el papá de Aníbal lo sospechaba pero no estaba seguro. Él había estado en la Municipalidad pero nunca se había cogido a nadie, ni siguiera a la mamá de Aníbal. Pero eso Aníbal no lo sabía y la hermana de Aníbal tampoco. Si lo hubieran sabido, habrían comprendido la indiferencia de su papá, hubieran entendido que no era tan despreciable como parecía. Después de todo se había quedado con ellos, les había dado su apellido y había cumplido su función paterna como Freud manda. Pero ellos no lo sabían. Son muchas las cosas que no se saben en una familia, célula básica de la sociedad.

Aníbal era tan inútil como su padre, así que su hermana lo hizo entrar en la Municipalidad. Aníbal no quería que le pusieran un apodo y no estaba dispuesto a sacarse un ojo para hacerles creer a sus compañeros de trabajo que su nombre coincidía con su apodo, así que tuvo una idea que le pareció genial, se puso un apodo a sí mismo. Era una falta de ética, los apodos los deben poner los otros, pero Aníbal estaba decidido a apropiarse de su destino. Les dijo a sus compañeros de trabajo:

—Me llamo Aníbal, pero me dicen Flor de Batata.

Quiso convencerlos de que se lo habían puesto sus novias. Ellos comenzaron a decirle Flor de Boludo, que a los dos días se simplificó en Flor. Con el tiempo, a pesar de sus rezongos, terminó acostumbrándose. Fue la primera vez que Aníbal dejó de ser Aníbal, de ahí en más fue Flor para todos, por lo menos hasta que dejó de serlo.

La hermana era bastante mayor que él y lo ayudó todo lo que pudo mientras vivió. Aunque se llamaba Aída, Flor le decía simplemente hermana, tal cual lo había hecho hasta que dejó de ser Aníbal. Un día, por culpa seguramente de la secta, Aída se suicidó. A Flor nun-

ca le había preocupado lo de la secta ya que Aída parecía contenta de estar con ellos, estudiaba con entusiasmo sus apuntes y los libros que le recomendaban y hacía excursiones que ellos llamaban viajes iniciáticos. Al papá de Aída le era indiferente pero a la mamá se le revolvió las tripas de solo pensar en la secta. En realidad, nada autorizaba a afirmar que fuera una secta. Podía entrar cualquiera cuando una vez al año se hacía el plenario abierto. Aída había intentado que Flor fuera —cuando era Aníbal— pero él no había querido saber nada. Luego de esa reunión, el que se interesaba podía comenzar a concurrir a los plenarios mensuales siempre y cuando pagara una cuota bastante salada. Nada que valga la pena es gratis, decían ellos. Si avanzaba en su preparación, podía participar de otras actividades que también tenían su costo y eran exclusivas para los iniciados. Aída iba desde hacía años y había avanzado mucho en las sucesivas jerarquías del grupo. Además, profesaba una admiración incondicional por Dirección. Dirección era el jefe de la secta o grupo o lo que fuera. Todos sabían su nombre, pero cuando estaban en actividad le decían Dirección. Dirección dictaba charlas apasionantes en las que relacionaba las enseñanzas religiosas con la historia, las matemáticas, la topología y disciplinas como la lingüística y el psicoanálisis. Ayudaba mucho que la inmensa mayoría de los concurrentes fueran gente de pocos estudios, una vida signada por fracasos personales sucesivos y necesidad de pertenencia. Dirección había adaptado rituales indígenas y orientales a las necesidades de lo que llamaba La Enseñanza, y además efectuaba personalmente la supervisión de los avances que sus discípulos lograban en sus vidas mediante su aplicación. Aunque Aída parecía estar mejor desde que concurría, a su madre la enfurecía e intentaba en vano poner de su lado al padre y al hermano. Quizás influenciada por su educación religiosa, imaginaba esas reuniones como bacanales de brujos y orgías sexuales. Era indudable que su influencia sobre Aída se había anulado desde que ingresara en La Enseñanza aunque los demás dudaran de que eso fuera malo en sí.

—Quizás sea mejor —se había animado a decirle alguien. Una vez en que no pudo convencer a Aída de que se quedara en casa, fue furiosa hasta la comisaría a hacer una denuncia contra la secta, con tan mala suerte que se cayó en la calle y se fracturó un brazo antes de llegar. Cuando Aída se enteró, lejos de enojarse pareció entrar en éxtasis.

—¡El Universo nos protege! —fue su letanía durante varios meses.

Se suponía que cualquier integrante podía irse de La Enseñanza cuando quisiera, pero resultaba muy traumático para quienes habían pasado dos o tres años en su seno. Cualquier desvío era rápidamente rectificado por Dirección y si alguno se mostraba remiso a someterse, al arrepentirse debía hacer una presentación ante sus compañeros señalando sus errores y cómo éstos podían utilizarse para avanzar en La Enseñanza. Una reconvención pública debía ser aceptada mansamente, con agradecimiento, aunque para cualquier no iniciado pudiera parecer maltrato de psicopateadores. Cuando un integrante permanecía en La Enseñanza varios años, generalmente Dirección iba endureciendo sus exigencias y críticas hasta el límite de lo soportable y provocaba su alejamiento. Flor —cuando era Aníbal, es la última vez que lo aclaro— le había sugerido a su hermana que era una táctica para que no se notara que los fracasados de antes seguían siendo fracasados hoy. Aparte, era muy conveniente que el auditorio se renovara cuando las exposiciones comenzaban a repetirse. Aída desdeñó siempre esos comentarios suspicaces, ahora su cadáver se pudría y nadie comprendía lo ocurrido.

Ni al velorio ni al entierro fue nadie de La Enseñanza. Flor se sentía raro, nunca había sido muy cercano con su hermana, no la iba a extrañar. Ella estaba muerta y él sabía que algo estaba mal en todo eso, en su indiferencia del pasado y sobre todo en la del presente. Su padre había disfrutado. Decenas de viejos políticos que hacía años no le dirigían la palabra habían acudido a ofrecerle sus condolencias. A Flor le resultaba incomprensible que reaparecieran rodeándolo como cuando tenía poder. La madre estaba perdida en sus pensamientos como si

no pudiera creer lo que sucedía. Su hija estaba fuera del alcance de la secta, pero a un precio terrible. En el proceso de ruptura Aída había intercambiado algunos mails con Dirección. Días después del entierro Flor los abrió: “Quién crees que eres para juzgar a La Enseñanza”, “Has arruinado la finalidad de tu actual encarnación”, “Irás de fracaso en fracaso, repitiéndote por el resto de tus días.” “Escapas, y llevarás eso en tus ojos persiguiéndote vayas donde vayas”. Cualquier persona vulnerable se puede llegar a suicidar con recriminaciones como éstas, pensó Flor. Aída era precisamente una de esas personas, por eso se había aferrado durante tantos años a La Enseñanza, por eso había llegado a depender de Dirección y sus supervisiones. Hasta que dejó de serles útil, hasta que paradójicamente su presencia mutó en testimonio contra La Enseñanza y se ensañaron con ella para expulsarla. Ese era su lugar, el único grupo al que sentía pertenecer, las únicas personas que podían entenderla. Se había quedado sola y no lo había podido soportar. ¿Quién tenía la culpa, había sido una estúpida su hermana o quizás los manipuladores de la secta con sus habilidades envolventes la habían terminado matando? ¿Debió él ser capaz de ver lo que sucedía, encontrar la forma de ayudarla su padre, su madre o alguien más? ¿Sirve buscar culpas cuando es tarde para hacer, cuando lo peor que podría ocurrir ya ocurrió?

Flor borró los mails, apagó la computadora y se quedó largo rato mirando la gris pantalla.

Catalizados por la conmoción siguieron días de cambios drásticos en la vida de Flor. Renunció a la Municipalidad. Era un lugar donde no se esperaba nada de él, donde iría ascendiendo por antigüedad de puesto en puesto con un sueldo asegurado en un lugar imposible de perder. Lo aterraba convertirse en uno más, sin otra ambición que cobrar a fin de mes, sin crear jamás nada. Durar hasta la jubilación, para durar después todo lo posible, esperando. Renunció y se fue a correr el riesgo de vivir de otra forma. Su padre murió pronto y su madre estaba mejor sola, caminando de un lado al otro de la casa, gesticulando violentamente como

si discutiera todavía con Aída. Le costó irse, la culpa lo mataba pero la madre se entusiasmó e insistió en que iba a esta mejor. Aníbal —que por esos tiempos dejó de ser Flor— iba a visitarla al principio todos los días, luego un par de veces por semana. Su madre estaba bien, le pareció que estaba mejor que con él, pero podían ser ideas suyas para sentirse menos culpable. Antes de renunciar a la Municipalidad aprovechó para sacar el registro de conductor profesional. Quería cumplir su sueño de ser chofer de larga distancia. De chiquito había quedado fascinado con los choferes de micros que en época de vacaciones transportaban incesantemente gente entre los centros turísticos y las ciudades. Dos choferes se alternaban, mientras uno manejaba el otro descansaba. Al comenzar el viaje uno de ellos repartía alfajores entre los pasajeros sonrientes. A veces pensaba en su hermana y por supuesto se sentía culpable. Las visitas a su madre se volvieron más esporádicas, pero ella parecía estar muy bien porque en realidad no estaba sola, Aída iba a visitarla con frecuencia.

—Aída está muerta —le señaló Aníbal preocupado.

—Ya sé tonto, ya sé, pero viene igual. —Aníbal la miró con pena, sin saber qué decir y su madre siguió—: Nos amigamos, ahora hablamos mucho. —Él suspiró largo y su mamá siguió hablando—: Viene desde hace meses, no quería contarte nada para que no pienses que estoy loca pero ahora es imprescindible, tengo que avisarte.

—¿Avisarme?

—Dice Aída que no aceptes el viaje a Entre Ríos.

—¿Qué viaje a Entre Ríos? —preguntó Aníbal molesto.

Su madre se encogió de hombros.

—Yo hago viajes solo a la costa.

Su madre se encogió de hombros y torció la boca.

No pudo evitar en sus siguientes visitas que su madre hiciera permanentes referencias a sus charlas con Aída. No quería recriminarle nada, no quería contradecirla, pero un día se cansó y siguiendo un impulso repentino le dijo que su padre se había puesto en contacto con él. Su madre lo miró enmudecida.

—Me comentó un secreto terrible —susurró Aníbal fingiendo consternación.

Su madre tragó saliva. No se le escapó el gesto a Aníbal. —Algún día te tenías que enterar —dijo su madre luego de un largo silencio.

—¿De qué?

—Aída quería que te lo dijera, pero no pensé que fuera necesario.

—¿A qué te referís?

—A que tu padre no era tu padre, ¿de eso estábamos hablando, no? —se hizo un silencio interminable y Aníbal asintió con la cabeza.

Cada tanto su madre insistía con que no aceptara el viaje a Entre Ríos.

—¿Qué viaje? —contestaba desencajado Aníbal.

—El que dice Aída, el viaje a Entre Ríos —insistía su madre.

Se preguntaba el porqué de esa premonición cuando el supervisor le avisó que lo habían cambiado a un viaje de egresados a Entre Ríos. No objetó ni dijo nada. Fue mansamente hacia su destino como quien acepta la muerte, aunque a cada momento sin convicción se repetía que era imposible. No pudo descansar en su turno y manejaba obnubilado en la noche por la ruta. Las luces aparecían a lo lejos como una promesa que tardaba uno o dos minutos en cruzar para incumplirse. Un camión se pasó de mano, estaba lejos.

“Es él”, pensó Aníbal. Era pesado, le iba a costar rebasar y volver. “Es él —pensó acelerando a fondo— es él.”

El techo descascarado del hospital era su mundo, compartía la sala con otros infelices. Conocía ese techo como no había conocido nunca nada, cada mancha de humedad, cada grieta, cada agujero en el revoque. No tenía derecho a estar vivo. El abogado de la empresa, sentado a su lado, le explicaba que en algún momento iba a tener que declarar, que el chofer del camión había muerto en el acto junto con nueve chicos y su compañero, que tenía alcohol en la sangre como para emborrachar a un regimiento, que lo iba a hacer zafar.

—No menciones nada de la velocidad, no des detalles, mostrate confuso, no te acordás —aconsejaba el abogado—. No te olvides de decir que te encandiló, que se pasó a la contramano de golpe, que no te dio tiempo para reaccionar —le decía— y si te piden detalles hablá de lo que sentiste después del accidente, aunque te corrijan volvé una y otra vez a eso, ¿está claro?

Olor a caucho y plástico quemado, alaridos, hierros retorcidos, asientos apilados, cuerpos en pedazos, vidrios, sangre caliente y pegajosa con su tenue aroma dulzón, las ganas incontenibles de cagarse y sus piernas convertidas en una pasta roja hasta que el terror lo despertaba. No le costó mucho que dejaran de hacerle preguntas. Una condena en suspenso. Perdió la licencia de conductor profesional, perdió las piernas, perdió el sueño durante mucho tiempo, perdió a su madre un tiempo después. Le consiguieron un trabajo yendo y viniendo tras un mostrador en una silla de ruedas. A sus compañeros les cayó bien de entrada.

—Me dicen Gambini porque me faltan las gambas —se presentó provocando un estallido de carcajadas. Había dejado de ser Aníbal otra vez, ahora sería Gambini por lo menos hasta dejar de serlo, para durar día tras día tratando de convencer a alguna mujer de que el amor no existe.

Tardó meses en recuperar el sueño y comenzó a tener una extraña experiencia. Antes de despertar veía en la oscuridad los relieves de una cara que se deformaba al hablar. ¡Cara de Goma!, pensó de inmediato, o quizás fuera una sombra de su mente manifestándose. Las primeras veces se asustó. En el ensueño previo al despertar no lograba moverse. Observaba inerte esa boca grotesca tratando de decir algo hasta que se disolvía en la oscuridad circundante y despertaba agotado. Esto se repitió por semanas. Comenzó a entender palabras sueltas, luego algunas frases. No estaba seguro de que fuera Cara de Goma, no podía creer que se le apareciera alguno de sus muertos. Se propuso anotar lo que lograba entender, pero lo olvidaba enseguida. Hizo varios intentos

dejando a mano un cuaderno y una birome hasta que una mañana logró rescatar la mayor parte. Tenía cierta cadencia y al pasarlo en limpio, así quedó:

No me lo dio Aída, no podía.

Higo sin su nido, transporte chiquita simpatía. No me dio lo perdido, nunca fue pasta Aída no sabía ni podía.

Estaba yo dando y fui verde sin palabra todo pulpa de hilo, huevo de doble yema empanada de nada no tragada.

No podía darme Aída, él podría haber podido así siempre es con lo dado, perdido. Desampara la sombra de mandarino antes de nacer secado así siempre es con lo dado, perdido.

“¿Tendrá algún sentido —pensó— faltaré algo, estará en clave, qué hago con esto?” No pudo agregarle nada más porque Cara de Goma no volvió a aparecérselo. Llevaba el papel consigo y lo leía cada vez que estaba solo. Cuando le pareció que comenzaba a entender se asustó y con una seguridad que se desconocía lo quemó. Con el tiempo olvidaría esos versos, lo que le ofrecían ya no lo quería. ¿Intentaba decirle algo Cara de Goma, se le habría aparecido en verdad Aída a su madre para darle un aviso al igual que el sueño recurrente de su juventud? Más que un aviso, una profecía que él se había encargado de concretar provocando sufrimientos inconcebibles.

Le sugirieron del sindicato que consultara su cobertura médica para ponerse piernas ortopédicas. Tenía suficiente muñón para agarrarlas y pararse. Prefirió seguir siendo Gambini y rodar. No convenció a ninguna mujer de que el amor no existe, la única capaz de aceptarlo ya había muerto. Quizás fue por eso, quizás porque el tiempo no pasó en vano, que cambió de idea y resolvió ponerse las piernas. Así dejó de ser Gambini y volvió a ser Aníbal. Estaba solo, todavía no era viejo y le quedaba poco que perder. Buenas razones para comenzar de nuevo si hicieran falta, pensó de pie Aníbal, imaginando que ya no tendría que dejar de serlo.

Se venga

I

—Cuando Bengoechea venga, se venga.

Ése era el lema de Bengoechea, el único taxista que había salido a trabajar en Nochebuena, y lo decía cada vez que con placer se vengaba una vez más. De vez en cuando levantaba un pasajero pero le importaban más aquellos que dejaba de a pie. La alegría al aproximarse el taxi libre, la seña ampulosa ante la supuesta resolución del problema del caminante cargado, el taxi aminorando antes de alejarse rápidamente dejando al peatón con la mano extendida a la altura de la manija de la puerta. ¡Qué caras, qué barbaridades! Entrecortado por la risa repetía siempre lo mismo.

—Cuando Bengoechea venga, se venga.

Pero este gordo se había enloquecido de furia. Esperaba con dos chicos, su mujer y un par de bolsos. Seguramente había pasado las fiestas con su familia para fastidio de la mujer o viceversa. Lo mismo de siempre. Cargaba dormido a un nene y los bolsos, la mujer a un bebé. El taxi paró, dio marcha atrás y se detuvo a diez metros. El gordo dejó de gritar e hizo señas para que retrocediera un poco más. Esperaron un poco y luego recorrieron con dificultad esos pocos metros. Justo antes de abrir la puerta el taxi salió arando. Gran susto de la mujer y despertar de los chicos. Paró a media cuadra, las puteadas atronaban. Pasaron los minutos, la calle era un desierto, el gordo dejó caer los

bolsos, le pasó el nene a la mujer y comenzó a caminar despacio hacia el taxi, midiendo cada paso y ladeando la cabeza amenazante.

—Quedate —le gritó la mujer.

“Boluda de mierda —pensó él— no podíamos quedarnos a dormir en lo de mi vieja e irnos a la mañana tranquilos.” A medida que se acercaba caminaba más y más lento.

—Así no va a llegar nunca —susurró ella.

El nene se frotaba los ojos. Bengoechea pegó un par de aceleradas sin moverse y el gordo se paró en seco. Los segundos se alargaban. Un par de pasos más y el taxi se fue. Le volvió el valor al gordo y empezó a correrlo enarbolando el puño y soltando sus peores insultos. Sudado y sin respiración se detuvo y vio a su familia esperando una cuadra y media atrás. Bengoechea retomó por una lateral, dejó el taxi estacionado, caminó hasta la avenida y se paró media cuadra delante de la familia que ya se había reunido. Fingió esperar un taxi y rió oyendo a sus espaldas las puteadas.

—Cuando Bengoechea venga, se venga —decía bajito para él.

Sintió que lo llamaban.

—¡Ey, estamos nosotros primero!

No contestó, se alejó un poco del cordón y oteó a lo lejos. Bambleándose como un inmenso caracol, toda la familia caminó para ponerse adelante, Bengoechea comenzó a alejarse al mismo ritmo. La familia paró, Bengoechea paró. Comenzaron a moverse otra vez, lo mismo Bengoechea.

—¡Ey, pelotudo! —gritó el gordo.

Bengoechea miró sonriendo apenas, torciendo la boca con desdén.

—¡Sí, a vos! —reafirmó el gordo.

No hubo respuesta así que volvió a tirar los bolsos, volvió a pasarle el nene a su mujer y caminó hacia Bengoechea que también caminó alejándose, el gordo comenzó a trotar, Bengoechea también. La distancia entre ellos permanecía fija. El gordo corrió, lo mismo Bengoechea.

—¡Vení para acá, hijo de puta! —se desesperaba el gordo, pero Bengoechea era livianito, calzaba zapatillas, estaba fresco.

El gordo se dobló apoyando las manos en las rodillas, no tenía aire y chorreaba furia. Bengoechea también había parado y lo miraba con su extraña sonrisa. El gordo volvió con su familia, ella le dijo:

—Ya te lo había dicho.

Él alzó al nene y los bolsos. Ni un alma en la calle, el tipo al que había corrido ya no estaba. Recuperaba la respiración cuando un taxi libre dobló desde una lateral y fue hacia ellos despacio. Le hizo señas, contestaron las luces. Suspiró aliviado, su mujer también. “Modelo nuevo —pensó él— debe tener aire acondicionado.” Cuando abrió la puerta reconoció la sonrisa y el desdén en la boca a medio torcer. El taxi otra vez salió arando y se detuvo con una frenada brusca a media cuadra. Esta vez el gordo no gritó, no salía la voz de su boca abierta. “Es el mismo —pensó— fue siempre el mismo.” Dejó los bolsos y le pasó el nene a la mujer.

—No vayas —suplicó ella.

El taxi dio marcha atrás unos metros y esperó. El gordo levantó una baldosa floja de la vereda. Bengoechea se reía. “Eso no es valor, es miedo —pensó— ya no te quedan ni los gritos.” Y se fue.

II

Qué noche de mierda, como todas las Nochebuenas desde que me casé con este boludo de Sebastián. Año nuevo lo pasaremos con mis viejos, pero ya se encargará él de arruinarlo. Siempre toma de más y de un tiempo a esta parte come como un cerdo. Si no fuera por los chicos, el arbolito, los regalos...

Sabía que no iba a haber taxis pero ni loca me quedo a dormir en esa casa. Conté cada minuto hasta la hora de irnos, no soportaba más

con ellos. Esa vieja de mierda siempre llenándole la cabeza, lo maneja como si fuera un chico. El padre nunca fue gran cosa, ahora está ido, masticando con la boca abierta y la mirada perdida. Él se impacienta cada vez más, cargando al nene y los bolsos, con 30 kilos de grasa en la barriga, sudando, siempre sudando. Y sus hermanos y los primos y los tíos, comiendo y chupando desde las seis de la tarde hasta las dos de la mañana, como hubieran soñado los tatarabuelos, pero no en el invierno europeo, en el verano en Buenos Aires con treinta grados a la noche: fiambre, lechón, vitel toné, matambre casero, turrón y mantecol, nueces, almendras y garrafiñadas, cerveza, champagne, sidra, y vino del que sea. Kilos de pan, ensaladas varias y lo que venga, que venga. Todo es tragable. Y a discutir, a discutir de política y de fútbol hasta agarrarse a piñas, para luego amigarse y recomenzar. Arreglando el mundo de palabra quienes no pueden hacerse cargo de sí mismos. No me dice nada pero se impacienta cada vez más. Aún con el palillo entre los dientes, puteando por dentro él, atrapada yo. Peor que cuando estaba con mi familia y encima con dos chicos. Por cuántos años más, siempre atrapada, y el gordo pelotudo que no se queda quieto. Qué baile, dos pasos para acá dos pasos para allá, parece un tigre de zoológico. Espera que yo diga algo para explotar, compadrito de entrecasa. Me mira de reojo de vez en cuando, medio embotado. También, no sé cómo se tiene en pie. ¿Podrá ser, será un taxi? Por fin. Quiero llegar a casa y que termine esta Nochebuena. ¡Dios, qué pasó! A ver si se baja y lo caga a trompadas. No viene. Vamos. ¡Otra vez!

—Quedate.

Pero que inútil, nos dejó solos. Corre y corre, vuelve derrotado. Costumbre. Mejor no digo nada, otra vez a esperar. ¡Uy, ese tipo ahora, justo delante nuestro! Vamos.

—Pará Seba, no grités más, no vayas, pará.

Otra vez correr y volver derrotado, no me escucha. Espero que con esto no le queden ganas de joder. Otro taxi, ¿qué pasa?, es el mismo, fue siempre el mismo, es un loco, esto viene mal.

—¡Quedáte Seba!

Una piedra, nadie en la calle, ni un policía. La puta madre, da marcha atrás, ah, se paró.

—No vayas.

Parece que me escuchó, o se cagó. Cómo estará para haberme escuchado. Se va, nos deja en paz.

—Caminemos, Seba, cambiemos de lugar, no sea que vuelva.

Me escuchó, debe estar cagado. Mañana se cuenta una de vaque-ros.

III

Despertó en brazos de mamá junto a su hermanita, se frotó los ojos. Miedo en papá. Sonrisa torcida. Se durmió. Despertó con sed. Vaso en el borde. Papá lo zamarreó. Mamá gritos. Salió en él un gesto, sonrisa torcida. Y no lloró.

No importa

Es la primera vez que quiero que se rían de mí. Aplasté al mosquito contra la pared y quedó una inconmensurable mancha de sangre que sé que es mía, que lo maté tarde, que ya tengo el virus, ese que vine a ayudar a contener y que ahora circula de a millones en mi torrente sanguíneo igualándome a los miserables que vine a ayudar. Sé que estoy perdido, que la ciencia con su soberbia no podrá contra esa cadena de ácidos nucleicos que va a utilizar los aparatos internos de mis células para replicarse hasta matarme. Sé que todo terminó, aunque me queden algunos meses de tristeza, decadencia, agonía. A menos que... a menos que sea una broma de los otros científicos y sea un mosquito falso, inflado con una falsa gota de sangre y puesto allí para que yo lo aplaste y crea que... pero nadie ríe, nadie está pendiente de mí. Cada uno en lo suyo, como yo hace unos segundos. Es la primera vez que quiero que se rían de mí.

Me mató, tan chiquito y me mató, no es consciente de mi vida ni de la suya y me mató a mí, él, que cuando yo lo maté ya me había matado, tan chiquito. Ahora entiendo la soledad que no es del cuerpo. La mirada de los que se cortan o pinchan atendiendo a un paciente con alguna peste transmisible, tan parecida a la de los que han consumido sus años y miran como extraños a sus parientes. Es la soledad definitiva, la simple palabra no la contiene, no puede ser dicha. Nadie me mira, nadie se da cuenta. Cuando lo sepan igual no van a saber, no se puede compartir. Es mucha la gente que prefiere morir a hacer el ridí-

culo pero desde hace unos pocos segundos, quiero con desesperación que se rían de mí. Cualquier cosa menos lo ineludible ante mi muerte.

—Buen día eñó —me mira desde la puerta el jornalero sosteniendo el chambergo frente al pecho.

Sus ojos escapan de los míos en esa costra agrietada que hace miles de soles fue cara.

—Doctor —lo corrijo en mi automatismo.

—Dotor —aún sin preguntar.

Entonces digo lo más importante que jamás dije, porque es la primera vez que no son palabras vanas:

—No importa.

Un cacho de fenomenología

I

Era un día importante para Cachito, él se sentía importante. Después de meses haciendo palotes con el lápiz, iba a empezar a escribir con tinta. Su mamá le había dado la pluma cucharita, el tintero y algunos secantes que habían quedado de cuando su hermana iba al colegio. En el pupitre de madera por el cual ya habían pasado generaciones de alumnos, el encastre para el tintero por fin cumpliría con su misión. El gesto severo de Sarmiento, que lo intimidaba desde el cuadro en el frente, le daba hoy la bienvenida al mundo de los que saben. Vendrían años de dedos entintados, hojas goteadas y desafíos para las madres que competían por qué hijo lucía más imaculado. Todos de guardapolvo blanco que les daba el Estado una vez por año para igualarlos, al que su madre almidonaba el cuello hasta dejarlo como tabla aunque lo lastimara. Los varones con el pelo cortado media americana y engominado. Las nenas con tablillas y el pelo atado con colitas, trenzas o rodetes. La goma de borrar solo serviría para agujerear el papel. Había algo definitivo en la tinta. Su madre lo despidió emocionada, su padre no se enteró, su hermana no ocultó el fastidio. Las severas maestras le irían enseñando paso a paso, con la autoridad de quien te salva la vida todos los días, de quien te da algo que muy pocos pueden dar.

—En el mundo de hoy, el que no sabe leer ni escribir es un esclavo —les habían dicho al comienzo de clases.

Rara vez una sonrisa, un reglazo de vez en cuando y vigilancia de águila. Solo se escuchaba el suave arañar sobre las hojas. Qué bien le enseñaron, si no lo usó mejor no fue por culpa de ellas. Dejaba la calidez de la casa muy temprano, el olor a kerosén de la estufa, el sabor a mate cocido con pan. Caminaba muchas cuadras con los puños cerrados para proteger los dedos del frío. Valía la pena, no quería ser esclavo.

II

Comenzó en la adolescencia y siguió toda la vida. Durante los primeros diez minutos, no podía reconocer a una persona si se la encontraba en otro ámbito del que la trataba habitualmente. Pasaba por mal educado o por tímido hasta la estupidez. Intentó fingir, saludar a cualquiera que le pareciera que hacía el mínimo gesto de reconocimiento, pero metió la pata muchas veces, era más la gente que no conocía que la que sí. Se tuvo que acostumbrar.

III

A los dieciséis consiguió su primer trabajo. Hasta ahora sólo había ayudado a cargar cajones, pesados soportes de bronce y coronas. Ahora le habían pedido que se quedara toda la noche. De la 1 hasta la 6 de la mañana sería el único empleado del velatorio. Sólo tenía que estar, para que los familiares del muerto vieran a alguien de la empresa de vez en cuando. Los empleados rotaban en las guardias nocturnas y a

tan poco tiempo de haber comenzado lo habían incluido. Era fácil, buena plata por poco tiempo. Esa noche había un solo velatorio, todo estaba hecho y muy poca gente se iba a quedar, un par de hombres silenciosos que iban y venían de la calle al salón. Él se pegaba una vuelta cada 15 minutos. Cerca de las 3 de la madrugada se cruzó con el dueño del bufete que le dijo:

—No se puede creer, se van todos y vuelven a la mañana para el entierro, no se puede creer. —Cacho se encogió de hombros y el hombre siguió—: Cómo cambiaron los tiempos, esto hubiera sido impensable hace unos años.

Cacho asintió solidario pero a él le convenía, podría pasar la noche durmiendo.

—Ya cerré, yo también me voy a la mierda —terminó el buffetero.

Cacho comprendía, era un día de trabajo perdido. Se dio una vuelta por el salón, solo quedaba el cadáver maquillado. “Viene del hospital —recordó— lleno de antibióticos, va a tardar en dar olor.” Fue hacia la oficina, había poca luz y total silencio. Miró los cómodos sillones de cuero marrón.

—Habrá que sacrificarse.

Tiró un diario viejo sobre una silla, levantó las patas y se acomodó.

—Como que te arrulle una negra inmensa y querendona. Un lejano ruido. “A veces un grupo muscular se contrae y parece que el cadáver se mueve”, le habían explicado el primer día. Fue una vez más al salón y se sorprendió al ver a una vieja vestida de negro sentada frente al cajón, ¿de dónde había salido?

—Buenas noches —le dijo, pero no hubo respuesta, ni siquiera abrió los ojos. No había nadie más—. Buenas noches —repitió más fuerte, pero nada.

Volvió a la oficina y se acomodó otra vez en los brazos de su negra. Cuando se dormía una idea lo incomodó, la quietud de la vieja era demasiada. Fue al salón, todo estaba igual. La observó, no lograba detectar ni un mínimo movimiento respiratorio.

—Buenas noches —pero nada—. ¡Señora! —ninguna respuesta. La cara del cadáver asomaba del cajón, se acercó, el torso se había levantado unos centímetros. “Los músculos”, recordó. Miró a la vieja que parecía más una estatua de cera que una persona. “Si abre los ojos y lo ve así, como levantándose...” Para bajarlo tuvo que empujar sobre los hombros. Los labios del cadáver se despegaron y salió un eructo. No pudo evitar vomitarle encima y estuvo un rato haciendo arcadas junto al cajón, cubierto de sudor recordó a la vieja que seguía allí como congelada en el tiempo. Puso sobre el muerto una tela gruesa y sobre esta otra mortaja. “Yo no limpio nada —decidió— lo primero que van a hacer mañana es cerrarlo.” Fue al toilette del salón, se lavó e hizo buches. Miró a la vieja sentada en la misma posición. Decidió irse a la oficina, pero se arrimó al muerto para echarle una última mirada a sus arreglos. El sobresalto fue brutal cuando le tocaron el culo. Casi tira el cajón, a duras penas logró estabilizarlo sobre los soportes. Miró a la vieja inmóvil, no había nadie más.

—Señora, ¡señora! —pero nada.

Fue hasta ella y le quiso tocar el hombro, justo antes de hacer contacto la vieja pegó un alarido agudo que hizo a Cacho saltar para atrás contra el cajón. Los primeros golpes de la madera contra el piso sonaron a cañonazos y el cadáver vomitado rodó hasta la otra pared. Se repuso y vio a la vieja en la misma posición de siempre. Lo único que le interesaba ahora, era irse. No pudo abrir la puerta de calle, forcejeó una y otra vez, golpeó, no hubo forma. Era muy raro, esa puerta estaba abierta a toda hora. Volvió a la oficina, el teléfono no tenía tono. Estuvo un rato oprimiendo teclas, zamarreando y golpeando el aparato. Se tranquilizó pensando que ya faltaba poco, miró el reloj pero antes de que pudiera ver la hora se cortó la luz. Quedó paralizado en la oscuridad, no sabía si el corte era general, dónde estaba la térmica, si había linterna, velas o fósforos. Manoteó para orientarse, su mano se topó con el escritorio, lo bordeó hasta el sillón, metió la mano en un gran agujero pegajoso e imaginó a la vieja con la boca abierta. Manoteó desesperado la pared, se

guió hasta la puerta de la oficina, siguió así por el pasillo hasta la salida, golpeó un rato, luego recorrió el pasillo hasta el salón y siempre siguiendo la pared encontró la entrada del toilette. Allí se encerró sentándose en el piso con la espalda contra la puerta y los pies apoyados en la pared opuesta. Ni entre diez iban a poder abrir. Esperó y esperó. Comenzaron a golpear tratando de abrir y él hacía fuerza con todo su cuerpo hasta que distinguió la voz de su jefe.

—¡Abrió boludo!

Se paró y dejó que abriera. Su jefe lo miró asombrado. —¿Qué paso?

Cacho salió corriendo.

La única persona que se enteró de todo fue su mujer muchos años después. Un hombre grande que duerme con la luz prendida, que no va a ningún lado en penumbras, que tiene la casa llena de candelabros y velas, que lleva siempre una linterna en el bolsillo.

—Los colecciono —le decía al principio. Hasta para coger necesitaba luz. Después tuvo que explicarle, ella se hizo la que entendía.

IV

Cuando terminó la secundaria, un amigo de su viejo lo hizo entrar al Banco. Aprendió rápido, pero nunca se pudo acostumbrar a trabajar con la plata de otros. En la caja cualquier zaparrastroso sacaba terribles fajos de los bolsillos para hacer depósitos. Así con jubilados por los que uno no hubiera dado dos mangos y rentistas que no habían trabajado en su vida.

Se le fueron acumulando los años, atendía personas menores que él manejando sumas fuera de su alcance, y se empezó a sentir cada vez peor. Algunos de sus compañeros ascendían y mejoraban un poco, incluso los que habían entrado después. Era comprensible cuando se

trataba de una minita que se encamaba con el jefe, pero cuando lo pasaba por arriba un tipo más joven y ostensiblemente más inútil, tenía que hacer esfuerzos para comportarse y mantener el trabajo.

Durante una de las tantas crisis financieras del país, ordenaron que todos los empleados de todas las sucursales se quedaran durante la noche. Debían reorganizar cierta información sobre los clientes. Durante la noche no, pensó temeroso Cacho. Si algo sobraba en el banco era iluminación, pero la idea de que avanzaran las horas, los demás se fueran yendo, apagarán las luces que no se usaban y un silencio similar al del velatorio se impusiera en la sucursal no le hacía ninguna gracia. Se le ocurrió entonces que el trabajo podía hacerse mediante una modificación en los programas de las computadoras. Le explicó a su jefe cómo hacerlo y el banco ahorró un montón de tiempo y dinero. Su jefe recibió efusivas felicitaciones y él quedó como siempre, existiendo sólo para los errores. Nunca volvió a aportar más allá de lo mínimo que se esperaba de él y se resignó a la postergación. Esta actitud le permitió relajarse, tomarse todo con más tranquilidad y hasta divertirse. Su trabajo ya no ocupaba un lugar central en su vida.

Como en todos los bancos, se producían largas colas en las ventanillas. Cuando se juntaban vencimientos, trabajaban a la vez cuatro o cinco cajas, pero los clientes esperaban lo mismo cuando eran pocos porque reducían las cajas abiertas. Los empleados se iban rotando para ir a comer, para ir al baño, pero sobre todo para que los clientes se jodieran. A Cacho lo divertía ver la impaciencia de los gestos, los movimientos, alguna voz airada de vez en cuando. “¿Estás apuradito?”, pensaba mientras ponía cara de “hago lo que puedo”. “Yo me jodo, tú te jodes, él se jode, nosotros nos jodemos, vosotros os jodeis, ellos se joden —pensaba— en definitiva todos nos jodemos pero yo solo me jodo en mi trabajo, durante el tiempo en que me pagan para joderme; ¿estoy tardando mucho?, ¡a joderse! —y pensaba— después, si cometo un error, me lo cobran a mí; las sonrisitas y agradecimientos se los meten en el culo.”

V

Rosa siempre había estado enamorada de otro hombre. Lo había perseguido, había salido muchas veces con él y se había entregado a pesar de que le dejaba en claro que no la quería. Era tan lindo, deslumbrante para ella. El Bonito le decían en el barrio. Él había aprovechado lo posible, sin despreciarla ni amarla. Los años le hicieron comprender a Rosa que estaba perdiendo el tiempo. Se ponía vieja y no formaría una familia ni tendría hijos. Se desgarró de dolor cuando rompió con El Bonito, ya no tenía vida social, no la invitaban a fiestas, iba a ser difícil conocer a alguien. Trabajaba haciendo trámites para una empresa inmobiliaria e iba al banco con pilas de boletas. Estaba por lo menos 30 minutos en la caja y prefería que la atendiera Cacho porque no se inquietaba por las protestas de la gente, incluso le parecía que muchas veces tardaba más para retenerla. Fueron entrando en confianza y salieron algunas veces hasta que se engancharon. Ella se sentía culpable porque nunca pudo sacarse de la cabeza a El Bonito a pesar de los años que pasaron, a pesar del hijo que ella insistió que tuvieran. Durante los nueve meses ella le había preguntado cada día sin falta “¿Querés el hijo?”. Y él había contestado cada vez que sí, que ya se lo había dicho mil veces, que no se lo preguntara más. Tuvo que seguir contestando hasta que nació.

Ella había conseguido todo lo que quería pero igual se sentía culpable. Por eso le toleraba su manía con la luz, su falta de ambición, su desconcierto ante la vida. ¿Si El Bonito reapareciera se iría con él, dejaría a Cacho? No podía negárselo a sí misma, se iría con él y se llevaría a su hijo, por supuesto. Pero eso era imposible. Pobre Cacho, no iba a ser traicionado solo por falta de oportunidad.

VI

Cacho no alzó a su hijo hasta que tuvo varios meses, tan frágil lo veía. A veces le acariciaba un bracito pensando “A qué mundo te traje”. La crisis económica había descargado desesperados de todo el país a dormir en las calles de la ciudad y comer los desperdicios. Cacho los veía con rabia e impotencia. En un semáforo, a mitad de camino al Banco, varios chicos pedían una moneda a los conductores, los más grandes limpiaban vidrios. Un poco más lejos un adulto los controlaba. Cacho evitaba mirarlos, no bajaba la ventanilla y esperaba puteando. Esos chicos crecieron a la par de su hijo, especialmente un morochito de rulos al que no le dio nunca nada a pesar de su sonrisa contagiosa. Pedían cuando los coches paraban y jugaban entre ellos cuando pasaban. “Parecen disfrutar de la vida —pensaba Cacho— parecen disfrutar más que yo.” A veces se sentía tentado a darle alguna moneda a Rulito pero no, si le daba una vez le iba a tener que dar siempre y además se lo quitarían los más grandes. Le reventaba que estuvieran organizados para pedir, con estrategias y controles. “Deben ganar más que yo” concluía Cacho para quedarse más tranquilo. Cuando veía a su hijo bien alimentado y vestido, se acordaba de Rulito a la intemperie. Cuando veía a Rulito en riesgo y con privaciones, se acordaba de su hijo. En sus pasadas por ese semáforo llegó a verlo compartiendo un cartón de vino, un pucho o pegamento de una bolsa. “Ya empezó a jalar —pensaba Cacho—, ahora sí que se terminó.” Con el tiempo Rulito dejó de pedir monedas y pasó a limpiar vidrios. Iban de a dos o de a tres hasta los primeros coches que paraban y a Cacho le parecía que algunos conductores les daban plata porque se sentían intimidados, especialmente las mujeres. Rulito no había perdido su sonrisa inocente y esperanzada. Cacho le evitaba los ojos y lo ahuyentaba con un gesto. A veces había nenas de diez u once años con ellos, alguna con panza de embarazo. “¿Será de Rulito? —se preguntaba, contestándose enseguida—: Y a mí que me importa.” Su hijo ya iba al

secundario y le prestaba más atención a sus amigos que a él. “Es normal, está bien —se decía Cacho— lo único que importa es que tiene futuro, va a poder elegir.” Un día dejó de ver a Rulito en el semáforo. Aunque fue un alivio, durante meses lo buscó cada vez que pasaba. Cuando volvió a verlo le faltaba un brazo desde el hombro, estaba muy flaco, pero corría a limpiar con su sonrisa de siempre. Se contuvo para no darle nada y manejó temblando hasta el Banco. Así estuvo todo ese día, temblando. Luego lo perdió de vista por mucho tiempo.

VII

Cacho soñó que su hijo trataba de estrangularlo. No podía sacarse de la cabeza que ya estaba muerto. Nadie le avisaba nada. Milicos sádicos cagones, a ellos lo había entregado, ahora esperaba. Para qué lo querían, había suficientes profesionales y más de cien voluntarios por cada conscripto. Dejó que se lo llevaran. La guerra. En la guerra solo se trata de seguir viviendo, es lo mismo que en la paz pero simplificado puede verse lo único que importa, no hay tantas distracciones. Quedarán enmudecidos los que pelearon y mataron, los charlatanes hablarán y la mayoría de los que consiguieron vivir con el tiempo volverán a involucrarse en irrelevancias. Qué iba a hacer aquí cuando él no volviera.

De puño y letra de su hijo, entre sus cosas:

“La ciencia es la religión más flexible. Tiene verdades que no pueden ser discutidas si no es por sus sacerdotes con sus reglas, es dogmática, el que las viola está por fuera de la ciencia. Un estudio científico determina como antes lo hacía la palabra de Dios. La diferencia con las otras religiones es su flexibilidad, en pocos años puede contradecirse, por estudios recientes, profundizaciones o nuevas evidencias. Nuestro sistema de interpretación es el más refinado que se conoce, por cada onda electromagnética que utiliza, filtra millones. Es mucho más lo

que no deja pasar que lo que interpreta. Lo inaccesible para el hombre es la mayor parte de lo que ocurre en el universo.”

“A la pelotita con el pendejo”, pensó.

No volvió, el día de su muerte fue cuando se cansó de tener esperanzas. Nunca supo dónde quedó, nunca supo cómo fue, sólo que fue. No supo si sufrió, no supo si tuvo tiempo de saber que moría, ni qué pudo haber pensado. Sólo que fue. Dejó de dormir con luz, lo peor que podía pasar, pasó, él quedó.

VIII

El mejor amigo de su hijo lo mandó llamar. Habían ido juntos a la guerra. No pudo contarle mucho, perdidos de vista en el desbande. Con los pies congelados, en el hospital militar hicieron lo imprescindible y se lo sacaron de encima. Para que no subiera las escaleras le pusieron un sofá en el comedor donde pasaba el tiempo sentado con las piernas en alto. Conocía los apuntes que Cacho le mostró, resumen de charlas y lecturas. No les dio importancia. Le importaban a Cacho solo porque eran de su hijo, porque señalaban algo de lo mucho que ignoraba de él.

—Cómo te sentís —le preguntaba a veces al amigo. —Estúpido —respondía invariablemente y Cacho asentía, invariablemente. Con la mejoría llegó el distanciamiento.

—Así tendrá que ser —aceptó Cacho.

Tiempo después se enteró de que habían encontrado al amigo de su hijo acurrucado en un charco, con los ojos abiertos y una expresión indescriptible.

IX

Se refugió en la distracción televisada. Un perro había atacado a su dueña, una anciana, destrozándole la cara y el cuello. Hablaban de prohibir la raza. No decían si ya habían matado al perro, lo presentaban como si las cosas pudieran ocurrir de pronto, así como así. Como si no pudieran suponer que el animal se volvió cada vez más gruñón, más desafiante, que tiró varios tarascones en los últimos meses. Que no era un clic sino un proceso ignorado. Las cosas no pasan así entre las personas, ni siquiera entre los perros. Siempre daban mal la información, incompleta e interpretada para el orto.

En la madrugada un auto que corría una picada había matado a un chico a la salida de un baile. Una cámara de seguridad filmó el accidente y por TV lo pasaban una y otra vez. Pensó en los padres al recibir la noticia. Lo sabrían de una vez, sabrían que no sufrió, podrían intentar justicia, tenían algo que enterrar. “Les pasó algo terrible y sin embargo les fue mucho mejor que a mí” concluyó.

Por esos días también hubo una matanza en una universidad norteamericana. Ya había pasado muchas veces. Los muertos eran más de 30. En las noticias no aclaraban si el asesino se había suicidado o lo había matado la policía. Decían que era un loco. Previamente había enviado a los medios una película en la que hacía gestos violentos, exhibía armas y repetía una y otra vez “Ustedes me llevaron a esto”. Inentendible, inexplicable, incomprensible decían en la televisión y los diarios. Él entendía la furia de la frustración total. Aunque nunca hubiera matado, él sabía qué se sentía. Le parecía raro que no pasara más seguido, en todos lados. Se hacen los tontos porque son parte del problema —pensaba— todo el mundo lo tiene que haber sentido alguna vez.

X

Había creído que la ruptura con el resto de su familia era definitiva. Su hermana era mucho mayor que él y su hermano mucho menor. Entre ellos tenían una relación madre-hijo que lo excluía. Ella era la hija de la adolescencia y su hermanito el de la vejez. Cacho se consideraba el único normal, se había ido de la casa para formar su familia. Sus hermanos se habían quedado y hecho cargo de sus padres con el tiempo. Papá murió rápido. Se agarró el pecho, al hospital y adiós. Mamá se fue deteriorando lento, hasta quedar incapacitada. Duró mucho, requirió cuidados intensivos y gastos. Él ayudó un poco, pero el desgaste emocional le pasó por al lado como a un torero. Nunca se lo recriminaron y él nunca les pidió su parte de la casa, aunque últimamente pensaba que le vendría bien disponer de ese dinero. Cuando se enteró de que su hermano menor había muerto, no lo afectó. No habían convivido, casi no lo conocía. Tanta borrachera, al final el hígado dijo basta. La casa no tenía mantenimiento y estaba convertida en un basural. Su hermana no quería moverse de allí. Cada tanto un vecino le avisaba a Cacho que hacía días que no la veían. La encontraba tirada en el baño, la cocina o alguna habitación. La llevaba al hospital, luego de unos días a la casa y así hasta la nueva emergencia. Cacho no tenía ganas de jugar ese juego que suponía reconstruir afectos con esa extraña que ahora quería depender de él. El terreno valía pero ella no admitía la menor insinuación.

—Va a estar mejor que viviendo en la inmundicia —le decía Cacho a su mujer, que se hacía la que comprendía— va a estar limpia, cuidada, va a comer a horario.

Su hermana lo acusó de lo único que podía, de querer quitarle la casa. Los hechos no corroboraban esto, pero su hermana tenía un as en la manga.

—Un boludo, siempre fuiste un boludo —le soltó fingiendo lástima.

Él contestó indiferente:

—Puede ser, pero a vos te conviene.

Ella lo observó un rato.

—Nunca supiste defenderte.

Cacho se encogió de hombros como diciendo “Qué te importa”.

—Todos te usaron siempre, tu esposa, tu hijo —agregó ella buscando una reacción.

Cacho sonrió pensando “Vos también, vos también”.

Ella le dijo:

—Yo estoy mejor que vos —pero no obtuvo respuesta.

Lejos de molestarlo su hermana le facilitaba desentenderse.

Ella pareció darse cuenta y logró sorprenderlo:

—Una vez traté de ayudarte.

—¿No me digas?

—Cuando trabajabas en el velatorio les dije que estabas preparando un juicio por explotadores.

“¿Con qué derecho había hecho eso?”, pensó Cacho. Todos allí lo habían tratado muy bien y cuando hubiera una vacante seguramente se la iban a ofrecer, encima antes de irse había hecho un desastre, qué impresión debió haber dejado. Luego recordó que había pasado mucho tiempo. Ella lo miraba satisfecha, pareció que iba a decir algo más pero Cacho se paró y se fue. No estaba enojado, no escuchó si dijo algo, sólo se fue. Cuando lo llamaron otra vez los vecinos, les contestó que no le importaba, que no lo llamaran más. Días después lo fue a buscar la policía para que reconociera el cuerpo y pudo empezar los trámites para vender.

Fue a ver la casa por última vez. Allí había nacido y vivido hasta adulto. Los pisos hundidos, las paredes rajadas y con moho, los techos llovidos. En la habitación que fuera de su hermanito, cientos de botellas vacías y una montaña de puchos. Junto a la cabecera de la cama el tacho para vomitar y un silencio agobiante que la misma casa condensaba. “A qué hemos llegado”, pensó. Salió al parque cubierto de malezas. Recordó cómo cuidaba su madre el jardín, la pequeña huerta

de su padre con la estructura de cañas para que treparan los tomates. Acarició el tronco seco del limonero en el que tantas veces había sido “Bomba, el niño de la selva” y le pareció oír a su madre rogándole que se bajara:

—¡Cachito, que te vas a caer!

XI

Tanto tiempo sin verse y ahora lo tenía en la ventanilla pagando la tarjeta. No había reconocido al ex compañero de trabajo.

—Fueron pocos días —se justificó Cacho.

—Pero qué días —agregó su ex compañero entre risotadas y siguió— en el velatorio siempre nos acordamos de vos, sos una leyenda.

—Qué quilombo armé —recordó Cacho con tristeza.

—No volviste a pasar ni de visita.

—Qué querés, después de semejante julepe —se justificó otra vez Cacho, apurando el vuelto mientras en la cola comenzaban a protestar.

Su ex compañero en vez de irse se quedó mirándolo. Cacho se sintió incómodo.

—Nos vemos —le dijo, pero él no se iba.

En la cola ya protestaban en voz alta, hasta que su ex compañero agregó sin perder la sonrisa:

—Sabés que te lo merecías, por hijo de puta digo.

Cacho se desconcertó unos segundos, luego recordó.

—Ah sí, por lo del juicio decís.

—Por lo del juicio —repitió asintiendo su ex compañero— y no fue fácil —agregó— no sabés lo incómodo que era el disfraz de vieja.

Horas después, Cacho reflexionaba en su casa que tal vez se lo merecía, por boludo, por cagón, por conformista. Tal vez hasta se merecía que hubieran matado a su hijo. Y ahora había perdido el trabajo sin

indemnización, a esta edad y después de haber pasado tanto tiempo solo para mantenerse a flote.

—Cómo vas a hacer eso —le recriminaba suavemente Rosa.

—No me di cuenta.

—Podías haber terminado en la cárcel.

—No me di cuenta —repetía Cacho con el movimiento de los labios.

Ella se hizo la que entendía.

XII

Su matrimonio no aguantó. Le dejó la casa a Rosa, vendió la de sus padres y compró otra para alquilar. Se fue a vivir a una pieza de hotel. No necesitaba cocina ni baño privado, solo una cueva donde cobijarse cuando el cansancio lo obligara. Meses y meses perdiendo el tiempo como si se pudiera perder, como si hubiera diferencia con los que corren de aquí para allá.

No tenía radio ni TV, pero estaba igual de aislado cuando salía a caminar, aunque hubiera una multitud. Miraba a los jóvenes, sus gestos ampulosos, sus risotadas, su soberbia ignorante. Más jóvenes de lo que sería hoy su hijo, de lo que él jamás había sido. La única diferencia con ellos era que él tenía menos tiempo para no ir a ningún lado. A veces miraba en el espejo sus arrugas, las manchas cobrizas, y se espantaba por lo viejo que se ponía. Otras veces pensaba que no estaba tan mal, que todavía tenía algo que hacer, que dar. Se fue sintiendo cada vez más fuerte y consiguió un trabajo en una agencia de autos usados.

Silencioso, atento, eficiente, al mes todos sus compañeros lo habían aceptado. Estaba claro que hacía su parte y no competía. Su manejo del papeleo bancario fue un alivio para las chicas de administración, así como su destreza para contar grandes sumas en efecti-

vo, detectar billetes falsos y errores en los cheques. Una de las chicas le sonreía más de lo necesario. Morocha aindiada, había venido años atrás de las provincias del norte. No era linda pero se arreglaba mucho. Cuando Cacho estuvo seguro de que no iba a generar conflictos, se fue dejando envolver. Una mujer no le iba a venir mal. El dueño del negocio tenía unos diez años menos que él. Trataba a todos con arrogancia bien disimulada. La agencia era lo único de su herencia que no había malgastado. Todas las empleadas fantaseaban engancharlo, él parecía indiferente hasta que Paula y Cacho empezaron a llegar e irse juntos. Ahí le tiró los galgos y Paula se decidió por él, que después de todo había sido su primera opción. Cacho no tomó a mal la ruptura, entendía perfectamente. El jefe lo vigiló un tiempo, luego aflojó. “Sabe hasta dónde le da el cuero”, pensó satisfecho. Paula estaba exultante, mantenía el mismo puesto pero estaba a un paso de ser la patrona.

El accidente fue terrible. No había clientes, estaban cerrando, Cacho tardaba en irse. Sentado en su escritorio garabateaba en un papel “Un cacho de vida cacho a cacho. Una mujer con vida. Un cerdo, dos cerdos, tres cerdos. Cuatro, cinco, seis cerdos. Siempre el ser, siempre el dos.” La goma del pedal estaba engrasada, el embrague se le patinó al que acomodaba los coches y se metió en la oficina aplastando al dueño contra la pared. Entre el horror y la sorpresa de todos Cacho fue tranquilamente hasta el moribundo y le sonrió. La ambulancia se llevó el cadáver, Paula lloraba desconsolada. “Te quedaste sin el pan y sin la torta”, pensó Cacho. Tres días cerrado y vino el hermano del dueño, tenía que decidir qué hacer con el negocio. El que mejor podía explicarle los números era Cacho, que salió de la reunión siendo el gerente. Los demás empleados exhibieron sumisión. No se le subió a la cabeza, a Cacho. Sabía que si uno se distrae, se la puede dar cualquiera. Paula siguió como empleada y él se consiguió una minita más joven, para disfrutarla y como trofeo. Pasó algún tiempo tranquilo, recuperó una vida más normal hasta que una noche a la salida del teatro, un viejo linyera le manguéo unas monedas. Un solo brazo, el pelo grisáceo en-

mulado y la sonrisa inconfundible. Se repuso y le dio un billete de cien, que Rulito apretó en la mano. Cacho pensó en preguntarle su nombre, en sentarse un rato con él, quizás contarle que lo conocía de mucho tiempo atrás. Pero estaba acompañado, Rulito no entendería su interés y no sabía cómo empezar, tenía sentimientos indescifrables y se fue. Al otro día, estuvo horas ante el pretencioso monumento que el gobierno había levantado recordando a los caídos en la guerra. Lo acarició como si fuera su hijo y se despidió.

XIII

Por la TV, decían que un tipo había entrado en una casa velatoria disparando contra los empleados. Varios muertos y heridos. Incomprensible, inentendible decían y analizaban y repetían. No informaban si se había matado o lo había matado la policía. En sus bolsillos, un viejo papel escrito con pluma cucharita y trabajosa letra infantil: “No seré un esclavo”. Más abajo, agregado con birome: “Alguien comprenderá”. Lo alivió su sueño, le disipó un poco la rabia.

Recuerdos fugaces lo atormentaban, no provenían de su memoria. Oscuridad olor fogonazo temblor. Incertidumbre de una cara desconocida y otra y otra. Necesitaba asociar, reconocer. Pasaron meses de acumulación. Pozos agua frío hambre caras armas cascos mugre. Ni un sonido. Se lo tomó con tranquilidad. Aunque se estuviera volviendo loco, ¿para qué alterarse? Hasta que reconoció una de esas caras, que era la que más se repetía, la más cercana siempre, la del amigo de su hijo. Razonó que tenía recuerdos de un hijo muerto, compartidos, heredados, desechados. Quizás fuera la respuesta a su pregunta, una respuesta que no sabía de dónde venía, si respondía o si inventaba. Un día supo que moría pero no cómo. Supo qué. Al ver el horror en la cara del amigo de su hijo luego de un deslumbramiento y fragmentos dispersándose

en la periferia. “La cadena se cortó, dejó su marca igual, yo sé que algo quedó y aún así no importa. Hubo dolor, no sé, desesperación, no sé, y la ilusión de morir por vos, junto a vos, y aun así no importa”, pensó.

XIV

Llegó la enfermedad y lo fue alejando del trabajo. El cansancio lo volteó, centellas pinchudas explotaron desde el centro de sus huesos, ganglios engordando. Caminar en círculos como perro ciego, buscar una sombra donde refugiarse.

“Hay que empezar la quimio”, sentenció el saber. “Con qué derecho yo —dudaba— que no tengo para qué. A dónde voy, qué hago cada vez peor con el miedo creciendo —dudaba—. Siempre hay tiempo para matarse —se consoló—. Para recuperar el humor”, se justificó, si se curaba justo él que no creía, que no le importaba lo que tenía ni lo que perdía, era para cagarse de risa. El engorro de los trámites y el tedio de las esperas. “Averiguar dónde retumban los truenos. Silencios, suspiros, jadeos, algún quejido lejano. Intercambio de sufrimientos. El final de algo que nunca supe. Va yendo, goteo hacia las venas, entrega silenciosa. Escribiré mi nombre en el agua del retrete”, pensó. Los análisis dieron bien, remitió por ahora. Quizás vuelva en un año, en dos, o nunca. Por un lado el alivio de postergar la muerte, por el otro la culpa de quien sobrevive.

XV

El encuentro con ella fue casual. Rosa le contó que trabajaba como voluntaria en un comedor popular. La gente iba a almorzar y se llevaba la cena. A algunos los hacían bañarse antes, también les daban ropa

y de vez en cuando los ubicaban en algún trabajo. Estaba contenta, Rosa, se sentía útil. Lo invitó a ayudar, le iba a hacer bien, le decía.

—Eso no es para mí —agradeció Cacho.

Rosa se hizo la que entendía.

XVI

No trabajó más en la concesionaria. Compraba y vendía coches por su cuenta. Con tres o cuatro por año, estaba hecho para complementar hasta que se jubilara. De vez en cuando iba al centro a hacer trámites. No evitaba el tren en las horas pico aunque se viajara peor que ganado. Aprovechaba para buscar, el tiempo le pasaba rápido y salía reconfortado. Años atrás, en esos mismos vagones se había preguntado si se cambiaría por alguna de las personas que veía. Desde entonces buscaba entre expresiones abrumadas, indiferentes, impacientes o ausentes. A veces, al ver a alguien con diez años más que él, pensaba que no querría ser así en el futuro. Pero lo mismo pensaba de la gente mucho más joven, con sus piercings, sus ropas grotescas, la mugre para el rechazo, o la domesticación y mimetización completas como si hubieran nacido siendo oficinistas. Por allí un hombre mayor no se quedaba quieto un segundo, cruzando y descruzando los pies, sacudiéndolos, tocándose la nariz o la boca o una oreja, mirando para aquí y de inmediato para allá. Otro un poco menor, concentrado en hurgarse la nariz como si no hubiera nadie más en el mundo. Otro durmiendo. Una mujer haciendo malabarismos con el lápiz delineador para no metérselo en un ojo mientras se maquillaba. Otra, más allá, parada cerca de la puerta tragaba el desayuno comprado. Otro leyendo, culta manera de no estar entre la multitud. El que viaja con la vista fija en algún culo, la que manda mensajes de texto, el que va sacándose pelusas imaginarias de la ropa, el que mira por la ventanilla con ojos de ciego. Por ninguno de ellos. Probablemente la gente por la cual sí se cambiaría viajaba en sus coches importados. Pero

no creía mucho tiempo su engaño, era solo una imagen. Si en verdad los pudiera conocer más allá de las apariencias, encontraría que tampoco valen la pena. Podía viajar más tarde, menos apretado, pero en esos horarios venían los artistas callejeros con sus mediocridades. Le molestaba la imposición de tener que presenciar sus rutinas más que éstas mismas. Instrumentos del altopiano, malabarismos, guitarras, hasta algún teclado. Luego lo peor, el sermoncito previo al mangazo, mezcla de reivindicación romántica de sus supuestas vocaciones y extorsión invocando la dignidad de quien se supone debe hacer el aporte. Para que no resultara tan chocante, al final se ponían comprensivos:

—Si alguno no quiere o no puede está bien, si molestamos a alguien le pedimos mil disculpas.

“Andá a la puta que te parió —pensaba Cacho— no voy a darles nada, mientras haya imbéciles que les den, van a seguir estando. ¿Por qué, por qué, por qué? No hay nadie que conteste, solo palabras”. Esto sucedía a su alrededor.

XVII

En fugaces episodios del pasado podía encontrar consuelo. Era cada vez más libre de las cosas, tenía tiempo pero no sabía qué hacer con él y se sentía culpable por estar al pedo. Llegó a la terminal al comienzo de los disturbios. Habían incendiado la oficina de informes y la policía tuvo que huir. Le gente enardecida arrancó las máquinas expendedoras de boletos y los teléfonos públicos. Muchos recogieron piedras de entre los durmientes, y cuando llegó la Guardia de Infantería hubo batalla. Piedrazos contra cartuchos de goma. Miles de golpes perdiéndose en el aire con los gritos. Habitualmente en estos brotes había militantes de izquierda azuzando. Esta vez era espontáneo, no había habido tiempo para los buitres de la política, eran solo usuarios hastiados de tanto abuso. A pesar de que los trenes recibían subsidios

millonarios para prestar un buen servicio a bajo costo, los empresarios se quedaban con la plata y prestaban un servicio desastroso. Así durante años, sin ningún control, como si su propósito fuera hacer sufrir a la gente. En lo peor del improvisado combate, Cacho se sorprendió de su tranquilidad. Siempre se enfurecía al ver estas cosas por TV. Hubiera creído que de estar presente se uniría a la lucha, sin embargo observaba con indiferencia, como si se tratara de una manada de monos amenazándose en un documental, inmune al napalm de las emociones. A él también lo ignoraban los dos bandos. No lo veían. Observó un rato más disfrutando de su distancia, luego se fue.

XVIII

Recordó cómo buscaba entre esa misma gente en el tren, cada uno con su encadenamiento personal de frustraciones. Tantas y tan dolorosas, imposible imaginar más que las propias. Cualquiera de su pasado, aislada y aquí, resultaba irrelevante. Recordó el primer berrinche de su hijo. Era por una pavada pero de inmediato se dio cuenta de que experimentaba el sufrimiento total. Se recordó consolando y conteniéndolo. No había sido mal padre, su hijo nunca le había temido. Se había despedido de él mucho tiempo atrás, ahora necesitaba despedirse del que había sido.

XIX

Estaba mejor con el trabajo porque rumiaba menos los pensamientos. Trataba de evitarlos, pero cuando se tornó una lucha desgastante los dejó romper el dique y que lo inundaran. Descubrió que unos tenían la fuerza para desplazar a otros. Así fue que Bomba em-

pezó a trepar otra vez al limonero para llenarse de su fragancia. Así fue que volvió a oír raspar el papel a la pluma cucharita. Así fue que volvió a ir al colegio con los puños cerrados para proteger los dedos del frío. Y así fue que, por última vez, se dio vuelta para saludar a su madre que lo miraba alejarse desde el umbral. Chau, se decían con la mano, chau.

El héroe

No lo juzgo mal, pero nunca creí que fuera un héroe ese despojo vuelto de la guerra, ni que fuera mejor que nadie. Ésta es la última historia que contaré, pero antes voy a hacer algunos comentarios autoreferenciales para que vean que no soy tan hijo de puta como pronto voy a parecerles. Yo también tuve madre y una vida con sus particularidades. Ya que el centro del habla se desarrolla en los primeros años, sé que mi madre nada tuvo que ver con eso. Nunca me habló y no porque no pudiera. De chica era muy charlatana, hasta que su tío le dijo que cada palabra pronunciada acortaba un poco la vida. No habló más, mi madre. No sé cómo hizo para enganchar a mi padre, supongo que tendría un buen culo. De una forma u otra aprendí a hablar y no creo que mi madre enmudecida me haya provocado algún trauma psicológico ni ninguna de esas pelotudeces. Así que ya ven, les expongo alguna fracción de mi humanidad porque sé que está muy mal visto por la sociedad que se cuestione al héroe, que se lo rebaje a condición humana, aunque solo sea una víctima más, otro idiota útil o carne de cañón si se ha dignado a interpretar su papel hasta el final. Nada que reverenciar, pero como gustan repetir los imbéciles de los medios de comunicación, decirlo es políticamente incorrecto. Quiero aclarar que no es por algún encono personal que no creo que él sea un héroe.

En fin, la cuestión es que yo nunca creí en los héroes que mis contemporáneos tanto admiraron e imitaron. Cuando tenía un año, mi hogar fue de los primeros en tener TV en la Argentina.

Por la pantalla de esa enorme caja de madera llena de válvulas entraron a mi casa Superman, Cisco Kid, el Llanero Solitario, Tarzán y muchos más. Me entretenía viéndolos aunque fueran una manga de nabos. Después, con el insoportable de Batman, todos los chicos desaparecían en su horario dejando el potrero desierto. No compartí el entusiasmo hasta que llegó Kato, el chofer de esa torpe masa de músculos que era el Avispón Verde y si bien tiré algunas patadas y trompadas al aire, nunca quise ser uno de ellos. O quizás sí, uno de ellos sí. En un período muy corto de mi vida, recuerdo que me hubiera gustado ser Rin Tin Tin. El perro del cabo Rostie definía el final de cada capítulo atacando al villano cuando todo estaba perdido. El cabo Rostie levantaba su bracito y bajándolo hacia el objetivo con firmeza gritaba:

—¡Ahooooora Rinti!

El perro se abalanzaba hecho una furia y mordía rugiendo como mil leones. Entonces llegaba a hacerse cargo el sargento O'Hara o el teniente, que no me acuerdo cómo se llamaba. Rostie ordenaba:

—¡Suelta Rinti, suelta!

Rinti volvía jadeando, Rostie lo abrazaba pegando su carita al cogote del animal, y decía:

—¡Bravo Rinti, bravo!

Esa era la parte que más me gustaba.

Esto que les comento es una excepción en mi vida. Voy a dejar de suceder, así que quiero que estas cuestiones queden claras porque sé que no tienen importancia. En fin, el tema era el imbécil del héroe del pueblo. La verdad que joder, no jode. No hace nada. Para que no haga nada le otorgaron una pensión bastante jugosa y él aprovecha, claro, para no hacer nada. Excepto los días de tormenta, en época de furibundas tormentas eléctricas, con ráfagas que aúllan como si los relámpagos las encandilaran, como si los truenos las ensordecieran hasta la desesperación. De noche, especialmente de noche, el pelotudo del héroe va al montecito de las afueras. Dice que vendrán por ahí, les sale al encuentro. Se tira al piso con la luz de cada relámpago, corre en la

oscuridad, se queda inmóvil en alguna zanja, vuelta a correr con un palo apuntando aquí y allá. Realmente lo cree y si lo cree hay que reconocerle que tiene bien puestos los huevos. Pero no jode porque nadie lo sabe. Solo su familia, que ya está resignada y no trata de impedir su regreso a la batalla. Cómo impedirle algo a un héroe, cómo decirle lo que es mejor para él. Los héroes no necesitan ayuda, ni siquiera los que saben que no lo son, que aceptan los honores y prebendas, retornos por ser un útil. Para eso los inventamos.

Pero yo sé lo que va a pasar, cualquiera podría saberlo si quisiera pero soy el único. Van a encontrar el cuerpo acurrucado en un charco con los ojos abiertos y la expresión que te da el amargor insoportable en tu saliva. Se lamentarán entonces y entonces volverán a usarlo y yo, no podré decir más, con la boca amarga, sin suceder, ido.